La ley de las venganzas

RAMIRO DE MAEZTU

(De "El Comercio", de Lima)

Herodoto, «padre de la historia», fué también padre de la filosofía de la historia, en cuanto creyó haber descubierto una ley a la que han de ajustarse los sucesos. "La alternación de las venganzas es la ley última y perenne de la historia humana." Esta sentencia de Herodoto ha sido recordada para comentario del tratado de paz que se firmó ha poco en Versalles. Nadie, en particular, tiene la culpa de ello; pero así como al tratado de 1870 sucedió este de 1919, en el que preparan ya los vencedores acumulaciones de fuerzas defensivas contra el ya temido retorno de las fuerzas ofensivas, así es de temer que a la fecha de 1919 suceda otra en el siglo presente, que marque la nueva oscilación del péndulo de Herodoto.

Plutarco escribió un pequeño tratado sobre "La malignidad de Herodoto." La malignidad de Herodoto consiste en referir también las malas acciones de los griegos de la gran época. Plutarco hubiera deseado que no se hablase más que de sus hazañas. A Plutarco le parece muy mal que Herodoto cuente cómo el oráculo de Delfos fué comprado, y que un partido de Atenas quiso traicionar la ciudad después de la batalla de Marathon, y que los persas estaban peor armados que los espartanos en la batalla de Platea. Plutarco cree que con estos detalles se deslustra el brillo de la Hélade, y prefiere que se omitan. Y es que a Plutarco no le importa la verdad, sino en segundo término. Lo que importa en primer término es persuadir a sus lectores romanos de que los griegos son los mejores maestros de la humanidad, y los romanos, discípulos dignos de los maestros. Las plumas de los que escriben para el público debieran llevar una divisa: «Adula y vencerás».

Herodoto viajó mucho de joven. Por el norte llegó hasta el Danubio; por el sur, a Asuán; por el oriente, a Susa; y por el occidente, a Sicilia. Quería ver el mundo. Aún más que los paisajes, le interesaban las gentes y sus dichos, y por eso su historia abunda tanto en leyendas y en anécdotas como en narraciones de sucesos importantes. Sólo una cosa parece interesarle más que las otras, y es la razón de que periódicamente se peleen los griegos y los bárbaros.

Un judío no se hubiera planteado nunca este problema. Habría pensado que la cosa se explica por sí sola, porque siendo el pueblo de Israel el del verdadero Dios, y adorando los demás pueblos a falsos dioses, es natural que Israel y los extraños se aborrezcan como los perros y los gatos. Herodoto era demasiado perspicaz para contentarse con la explicación de que: "como nosotros somos los buenos, tenemos que ser odiados por los malos." Lo que Herodoto creía de los griegos es que eran más listos. Mejores, no. Herodoto cuenta que los jóvenes persas se educaban para caballeros. Virtudes suyas eran la veracidad, el valor, la lealtad, la sencillez. Y Herodoto no oculta su regocijo al citar la definición de un mercado griego por Ciro: "Un lugar establecido para que las gentes vayan y se engañen bajo juramento."

Pensando que los bárbaros y los griegos tienen sus virtudes y sus vicios, Herodoto llega a la conclusión de que sus guerras se deben a la alternación de las venganzas. Esta alternación es una ley natural, dice, como la sucesión del día y de la noche o la de las estaciones del año. Herodoto no la aprueba, ni la desaprueba. Es uno de los modos de la vida, y ya se sabe que la vida es una rueda en que los bajos suben y los altos caen. Es decir, saber no se sabe, pero los paganos creían saber que la fuerza del sino era mayor que la de la bondad. Y esta creencia, en la que se compendia todo el paganismo, no ha desaparecido de la tierra. Cuando Herodoto describe a Meandro como "el hombre que quiso ser justo y lo encontró imposible," no dijo sino lo que hoy diría del presidente Wilson un periodista de París con ingenio.

Pero tan antiguo como la creencia en la fuerza del sino, es el deseo de escapar a su influencia. Todos los hombres de buena voluntad se han preocupado de buscar la manera de salir de la rueda de la alternación de las venganzas. Y la manera particular del cristianismo consiste en rezar el padrenuestro. El Padrenuestro parece cosa muy sencilla, porque se compone casi exclusivamente de peticiones, y en el pedir no hay engaño. Pero hay en él una cláusula que no es petición. Al mismo tiempo que se le pide a Dios que nos perdone nuestras deudas, se le asegura que también nosotros perdonamos a nuestros deudores,

¿Los perdonamos de verdad? Pues perdonados quedan. ¿No los perdonamos? pues estamos mintiendo al tiempo de rezar, y nuestras oraciones se dirigen al diablo. Recitar el Padrenuestro es, como vemos, más fácil que rezarlo de todo corazón. Pero al rezarlo de todo corazón se ha roto el círculo mágico y funesto de la alternación de las venganzas. Esta es la Redención.

Mal anda el mundo, pero no creo que los hombres se resignen a que continúe indefinidamente la alternación de las venganzas; mucho ha decaído la fe religiosa, pero son ya demasiado numerosos los hombres que se escandalizan de todo corazón ante la idea de ser en las haldas de la diosa Venganza como juguetes en manos de los niños. Pero es más fácil rebelarse intelectualmente contra la fatalidad que perdonar a nuestros deudores. Y hay que perdonarlos. Esto es lo único que el Padre exige a los hijos, y El hará lo demás.

La alternación de las venganzas no es la ley última y perenne de la historia humana, como dice Herodoto. Hablan las historias hasta de corazones empedernidos que han perdonado alguna vez a sus enemigos, y bastaría una sola excepción para que no pudiera hablarse de una ley última y perenne. Pero lo natural en el hombre agraviado es el rencor y la pasión de la venganza. El perdón no suele estar al alcance más que de aquellos caballeros del espíritu que son capaces de gobernarse el ánimo.

Aún sin esta grandeza del perdón, el mero buen sentido les haría abolir a Juan y a Pedro la alternación de la venganza si ésta fuera como una misma piedra que ambos se lanzasen sucesivamente. Porque algún día se le ocurriría a alguno de los dos que más valía dejar en paz la piedra que seguir amenazándose e hiriéndose indefinidamente. Y hasta se me figura que es esta la causa verdadera de que Capuletos y Montescos acabasen por hacer las paces.

Lo que perpetúa la alternación de la venganza entre naciones, es que sus efectos se difunden y complican en la peculiarísima responsabilidad de los hombres en las ficciones jurídicas. Un par de centenares de magnates pudo desencadenar, hace cinco años, una guerra en la que murieron directamente diez millones de hombres, y a consecuencia de la cual es posible que degeneren, quizá definitivamente, las dos terceras partes de la raza caucásica: toda la rama eslava, la mayor parte de la germánica, buena parte de la latina, y los pueblos turanios-turcos, húngaros y finlandeses.

Un dato. En Praga, la capital de la nueva república de los checoeslovacos, pesan muchos de los niños recién nacidos no más de las tres libras, cuando el peso medio de un niño normal es al nacer de siete libras. La comisión de la Cruz Roja sueca, que visitó recientemente Alemania, afirma que el peso medio de los niños de tres meses y medio en Berlín, es de cinco libras, cuando debiera ser de unas catorce libras. Estas son cifras oficiales, pero aun más valor tiene para mí el recuerdo de aquellos niños blancos como lombrices y flacos como huesos, que en diciembre último solían rodear nuestro automóvil al detenernos en las calles de Colonia.

Es el resultado de la solidaridad humana. De la solidaridad se ha querido hacer un ideal. En realidad es un hecho tan majestuoso como terrible. Si talamos los bosques, nuestros hijos vivirán en páramos. Si plantámos árboles, nuestros hijos gozarán de su sombra. Y lo que en el mundo material, acontece también en el espiritual. Si dejamos que se corrompa nuestra vida política, las futuras generaciones padecerán bajo gobiernos corrompidos, como no realicen esfuerzos extraordinarios para moralizarlos.

Del hecho de que los hombres somos solidarios, solidarios en cuanto que a todos nos alcanzan, más o menos, las consecuencias de cada acto, se ha deducido, por tan curiosa cuanto inexplicable aberración, que los hombres son también solidarios en punto a las responsabilidades. En virtud de esta aberración,—porque es una aberración suponer que las colectividades tengan alma y puedan ser responsables de nada,—se ha fundado todo el derecho internacional en el llamado principio de continuidad por el cual los pueblos son eternamente responsables de las acciones de sus gobernantes, aunque los hayan arrojado del poder y renegado de sus actos.

La solidaridad de los hombres es un hecho natural e irremediable. Como el mundo es un complejo de equilibrios inestables, no hace falta más que la ocasión para sentir.

> ...en Cádiz repercutir
> un beso dado en Cantón.

Cada acción y cada omisión afectan, al través del tiempo y del espacio, a los demás seres humanos. Pero el principio de continuidad de los Estados es una creación humana, evitable, reformable, puesto que no pasa de ser una ficción jurídica. Y es este principio de continuidad el que perpetúa la alternación de las venganzas.

Nunca podrá evitarse, porque los hombres somos solidarios, el que las guerras afecten

a personas que no las han hecho. Pero si en virtud del principio de continuidad se declara a todo un pueblo responsable de una guerra de que sólo sus gobernantes y una parte del mismo pueblo son culpables, y se obliga a todo ese pueblo a reparar los daños causados, se infiere con ello evidente injusticia a aquella otra parte del pueblo que no sea culpable de los daños. Con ello se agravia a unos hombres y se prepara la futura venganza.

Será inevitable el que los niños de Colonia tengan que pagar por los pecados del kaiser, pero es absurdo que el principio de continuidad declare la responsabilidad de aquellos chiquillos. Sé muy bien que todo el derecho internacional, y por tanto, las relaciones internacionales, se basan en el postulado de que el gobierno de un país determinado es no tan sólo solidario, sino responsable, ante los gobiernos extranjeros, de todos los actos de todos los gobiernos que le hayan precedido. El derecho internacional público ignora la distinción entre pueblos y gobiernos. Los embajadores no entienden de pueblos. Para ellos no hay más pueblos que los ministerios de negocios extranjeros.

Pero estas son ficciones jurídicas. Mis lectores y yo sabemos perfectamente que los niños pobres de Colonia no son culpables de la guerra europea. También sabemos que la inacabable alternación de las venganzas repugna a nuestra conciencia cristiana. Es muy posible que ignoremos la manera de hacer que la vida internacional se ajuste a nuestra conciencia cristiana, pero advertimos la necesidad de averiguarlo, porque si no es obligatorio perdonar a nuestros deudores, aun nos lo será más el perdonar las deudas de los que nada nos deben, porque son meramente herederos forzosos de una herencia de deudas. El derecho privado, más piadoso, concede al menos la facultad de repudiar la herencia.

El sótano de las tormentas

NORMAN HAPGOOD

Este trabajo es un capítulo del libro "Hora que avanza" que verá la luz pública en breve, editado por la casa Boni & Liveringht Norman Hapgood, uno de los escritores de más brillante reputación en los EE. UU. ocupó la atención de la prensa mundial en días pasados por su salida del cargo de Representante Consular de los Estados Unidos, que desempeñaba en Copenagen, salida que se atribuyó a desacuerdos con su Gobierno, q' le hizo imputaciones de estar en inteligencia con los bolshevikis. No obstante esto, sabido es que las ideas de este escritor distan mucho de ser radicales. Es liberal avanzado, pero no radical.—N. del D.

Cuando en 1917 leí por primera vez esa generalización acerca de la Historia, de que en una guerra los beligerantes corren siempre el peligro de cambiarse mutuamente sus rasgos nacionales, apenas me interesó la frase. Pero ahora mi interés es extraordinario. Mi propio país está sirviendo de ejemplo—el más dramático de los ejemplos—del lado malo de este cambio. Alemania y Rusia, despojadas ya de sus antiguos despotismos, tienen grandes probabilidades de convertirse en democracias interesantes. Inglaterra, que no fué muy perjudicada mentalmente por la guerra, está guiando al mundo al prepararse para la democracia industrial, como desde hace tiempo ha venido dándoles a las naciones más grandes lecciones de política. Francia está algo menos libre de entendimiento que antes de la guerra, pero el cambio es pequeño en comparación con el nuestro. Los Estados Unidos en cinco años, casi puede decirse en tres años, ha desarrollado un espíritu de despotismo comparable sólo a lo que eran Rusia y Prusia antes de 1914.

Sé que en cuanto al temor, crueldad y confusión que ahora oprime a nuestro país, siempre se dan razones excelentes para explicarlos. Nuestra represión se basa en el peligro que amenaza a la República; en conspiraciones descubiertas por la policía; en una revolución potencial; en la necesidad de ley y orden; en el patriotismo. Se basa en las mismas razones que siempre alegaron las oligarquías de Alemania y Rusia. La excusa que está detrás de estas razones es, sin embargo, más floja que en cualquiera de los despotismos extranjeros. El Czar estaba verdaderamente en constante peligro físico. Una

princesa rusa me dijo un día: "Nuestro primer error fué cuando manumitimos a los siervos. Desde entonces los labriegos han estado siempre pensando en que podían ganar más." El Kaiser y su corte no sólo tenían en frente la venganza de Francia, las posibilidades misteriosas de Rusia, la amenaza, de largo alcance, de Inglaterra, sino que también tenían que vérselas con un socialismo en acción que crecía rápidamente y que constituía para ellos una catástrofre nacional. Nosotros somos una nación con recursos naturales extraordinarios. Protegida por los mares; con siglos de tradición de libertad británica detrás de nosotros: con todos nuestros cien millones de hombres, exceptuando quizás uno en cada millón, aceptando nuestra forma general de Gobierno; y sin embargo, estamos abandonando las antiguas y grandes tradiciones anglo-americanas para sustituírlas con las de los czares y káiseres.

Y no es eso lo peor. Inglaterra de tiempo en tiempo ha pasado por pánicos amordazadores del pensamiento, pero siempre ha habido allí hombres eminentes que se han levantado a desafiar al asustado animal, y tales hombres han conservado el gran espíritu del país. Cuando regresé a América a fines de Diciembre, lo que más me sorprendió fué el silencio de los pocos líderes liberales que aun quedan. Unos cuantos directores de periódico, unos cuantos sacerdotes se han mantenido en su puesto. Hasta unos cuantos políticos y abogados se resolvieron a hablar, poco después de que Charles E. Hughes tomó la iniciativa. Pero ¡cuántos de aquellos a quienes habíamos dado patente de liberales han hallado una excusa u otra para unirse al rebaño y ponerse a berrear!

Hay muchas formas de valor, entre las cuales podemos distinguir tres. Que la forma física está altamente desarrollada en todas las naciones modernas, muy heróicas pruebas recientes lo han demostrado. Si el valor moral significa la resolución de arrostrar penalidades en defensa de sencillas convicciones morales, esta clase de valor no es tan rara como la del valor intelectual, o resolución de hacer sacrificios por nuestras propias opiniones o creencias intelectuales. En América este valor intelectual se ha mostrado en aquellas esferas en que estamos interesados. Muchos hombres de negocio han puesto su propio pensamiento aislado en ejecución. Pero la independencia mental ha sido extraordinariamente poca en todo el reino de las ideas generales, porque durante un largo tiempo no nos hemos interesado en ideas. En la crisis actual, si hubiéramos poseído alguna convicción seria acerca de los elementos de la libertad, no hubieran podido nuestros líderes dividirse entre un grupo que ha tratado de entronizar en el país el más ignominioso prusianismo y otro grupo que ha prestado su aquiescencia para esta subversión.

No quiero pecar de exagerado y, por lo tanto, quiero añadir que muchos individuos han guardado silencio, no por cobardía, sino por un sentido de futilidad que se siente muy a menudo en la vida americana dentro de las minorías. Estas personas creen que no tienen fuerza para sacar a los muchos de su manía y que el público despertará de ella cuando, en la infinita sabiduría de Dios, llegue el momento oportuno.

Muchos de mis amigos que no son cobardes se han escondido en el «sótano de las tormentas», no precisamente para estár más seguros, sino porque han creído que las protestas de su parte no conseguirían nada, sino que, al contrario, pondrían más furiosa a la bestia pública. Nosotros atravesamos por una etapa similar en la guerra contra en ferocidad y calor a ésta, entre otras razones, porque nada es tan alarmante como una amenaza contra la cuenta en el banco y, además, porque el peligro alemán estaba a miles de millas de distancia. En el caso presente, por el contrario, nuestros políticos y nuestros periódicos entraron en competencia para ver quién pintaba con colores más rojos el peligro y quién lo presentaba más cerca de nuestra puerta. El enemigo está a la puerta; más acá de la puerta; sus maquinaciones son el tema de una proclama tras otra; los discursos patrióticos no cesan; y los alarmistas están en sus glorias. Yo mismo no gusto del sótano, pero si me dejase alimentar exclusivamente del periodismo americano, imagino que sucumbiría al desaliento y buscaría ese refugio.

Yago habla de una pasión "que fabrica la carne de que se alimenta." La tragedia de las tragedias en nuestro caso estriba en que nuestros temores son los que crean la realidad. Primero sufrimos un delirio en que vemos a Lenine en cada huelga, a Trotzky en cada tribuna y la ruina de la civilización en cada reforma. Como resultado de este delirio pasamos leyes en que combinamos la inquisición con el castigo por una mera opinión Deportamos un hombre sin someterlo a juicio, sólo porque un inquisidor ha llegado a la conclusión de que este hombre se designa a sí mismo anarquista; de que no cree en la fuerza como sistema de traer el mundo en que sueña; sino que tiene fe en un porvenir

remoto en que el hombre estará tan cambiado que no necesitará ni siquiera de la fuerza gubernamental. Iniciamos una serie de campañas políticas, incluyendo campañas por la presidencia, a base de esta pasión; cada candidato desea descubrir más «Rojos» que ningún otro candidato, haciendo, por supuesto, más ruido que nadie; fiscales, legisladores y jueces cantan himnos de patriotismo epiléptico; y George Bernard Shaw tiene razón cuando pregunta por qué se queda nadie en América cuando tenemos un país libre sólo a siete días de distancia. Los resultados desdichados son inevitables. El elemento trabajador descontento pierde toda esperanza. Este sistema de linchamiento semilegal, esta violenta «acción directa» por parte de las clases predominantes acaba inevitablemente con el resto del respeto que pueda aún existir por la ley y la costumbre establecida, y así vemos una tendencia creciente hacia la violencia esporádica y hacia tantas conspiraciones en papel; tenemos, pues, que llevamos a la realidad lo que al principio fué entrevisto en el delirio. De tal modo la propaganda de cinco años, que empezó contra los alemanes y acabó contra los comunistas, al privar al público de inteligencia, de raciocinio sereno, llega a ser a su vez la causa de ese género de violencia que es tan fácil de ver y de condenar. La muda aceptación de esta calamidad por parte de nuestros hombres responsables crea una situación en la cual ellos tienen más razones para tener miedo de defender nuestras tradiciones legales y salvaguardias políticas, porque en cualquier momento puede resultar que un idiota «Rojo», o colección de idiotas, haga explotar alguna bomba.

Pero no todos los malos resultados de este histerismo se han tocado aun. Desde mi regreso he consultado con varios amigos acerca de la probable duración de este período reaccionario. Algunos optimistas creen que hemos llegado al extremo y que pronto habrá un cambio. La mayoría cree, sin embargo, que nuestros líderes no permitirán de ningún modo que la convulsión se atenúe hasta que no pasen las convenciones de Junio. Muchos observadores van más lejos aún y afirman que no podremos recobrar la integridad mental sino hasta después de las elecciones. Personalmente temo que el término está todavía lejos. Es probable que los republicanos resulten vencedores en Noviembre; ellos están comprometidos a poner «orden» en Méjico; y al desarrollar esta obra de patriotismo nos llevarán aún varios años más allá por el camino que conduce a la simetría prusiana y al mejor de los mundos despóticos.

Siendo la situación tan poco halagüeña, ¿cómo pedirles a nuestros ciudadanos disciplinados que alcen la voz? ¿Haremos que peligre su capacidad de ganar dinero, la paz de su familia, su propio buen nombre, en una contienda tan desfavorable? ¿No es inútil, suicida, el mostrarse abiertamente racional con respecto a las luchas industriales de los tiempos presentes? Yo contemplo con alguna tristeza, y con alguna risa, mis experiencias personales en estos años últimos. En el otoño de 1914 yo estaba perdiendo lectores y reputación por estar criticando a Alemania. En 1917 se me caracterizó como un derrotista por haberme mostrado partidario de la conferencia de Estokolmo y por creer que una derrota de Alemania, no llevada demasiado lejos, la dejaría menos peligrosa que si se la aplastaba, humillaba y desmoralizaba. En 1918 yo puse en tela de juicio algunas de las «atrocidades» alemanas, porque temía los resultados remotos de nuestra extravagante propaganda, y un austero patriota que me oyó hablar en Rochester denunció mi discurso al «Servicio secreto» y no tengo duda de que todavía está la denuncia en el escritorio del Senador Lodge. Otro patriota denunció también cierta opinión mía como un ataque al Gobierno francés, allá en 1917, sólo porque yo dije que el campesino francés deseaba entonces un arreglo debido a una inteligencia entre todos los beligerantes más bien que debido a la fuerza. Uno se convierte pronto en un traidor de melodrama cuando el público está loco. En 1919 la manía cambió de forma y porque yo creía que el bolshevismo sólo podía contrarrestarse por medio de la paz, de la prosperidad y del contacto de pueblos, hubo muchas gentes que creyeron en seguida la acusación, fomentada por Lodge, de que yo estaba al servicio del Gobierno de Moscow. Antes de tratar de decir por qué creo que es una obligación del fuerte, una «nobleza obliga»» la de permanecer firme contra la sed de sangre en la turba, que los líderes han fomentado, yo debo con toda franqueza confesar que mi sola razón para resistirme a quedar callado y sojuzgado del todo es mucho menos una razón de ética que la mera resolución de que no se me fastidiase. Toda una vida consagrada a participar de estos espasmos sucesivos podrá estar llena de bienestar material y de prestigios, pero sería de un fastidio tan intenso que habría necesidad de una paciencia más grande que la mía para soportar el cotidiano tedio. Mi simpatía es absoluta, sin

embargo, para dos clases de aquiescentes. Una clase está compuesta de aquellos que están colocados de tal suerte, que si no se adaptan a la corriente exponen a sus familias a verdaderas desgracias. La otra está compuesta de aquellos que han leído nuestros periódicos y bebido de su propaganda durante años, sin medios de aquilatar los hechos, de tal modo que han llegado a ver todos los demonios y peligros que se quiere que vean, lo mismo que un niño que lee un cuento de aparecidos. No es a ninguna de estas dos clases a las que yo me dirijo, sino a aquellos hombres que no han perdido el hábito de pensar por cuenta propia y que están de tal manera situados que podrían ser honrados sin renunciar a sus medios de nutrir y educar a sus hijos.

Para tales hombres no hay causa a la cual pudieran dedicarse más noblemente que la causa de buscar caminos que nos alejen del prusianismo. Las grandes naciones no fueron a esta guerra "para asegurar el mundo para la conformidad." Cuando Thomas Jefferson escribió su propio epitafio, desdeñó escribir en él ninguna referencia a honores exteriores. El no mencionó que había sido Secretario de Estado, Vicepresidente o Presidente de los Estados Unidos. Se limitó a hacer constar que había escrito dos documentos en favor de la libertad humana y que había fundado una institución para la enseñanza superior.

Cuando Daniel Webster escogió la cosa que sobre todas las demás le gustaría legarle a su posteridad en recuerdo suyo, se limitó a un «record» de que en toda circunstancia él había estado en favor de la libertad de opinión, lo mismo en la guerra que en la paz, y con más fervor en el caso de aquellas opiniones que no gozaban de buena reputación. Yo quisiera poder recordar quién fué el que advirtió a la Cámara de los Comunes que se previniera contra el peligro de quitarle a la serpiente de cascabel su cascabel, dejándole a cambio el veneno con que mata. Al suprimir la opinión, nosotros lo que hacemos es quitar el cascabel. Al dejar de poner en práctica nuevas instituciones exigidas por la época, perpetuamos la ponzoña. Yo pregunto sólo si un hombre tiene sangre de combate en aquella parte de su persona que tiene que ver con las ideas. Si es así, ¿no estará dispuesto a dar la batalla por aquellas concepciones de libertad que le fueron transmitidas en la noble tradición inglesa, sostenida por los hombres más grandes de nuestra propia historia? Recordemos cómo Washington permaneció firme contra un público «propagandizado» durante siete años de guerra cuando se opuso a tomar parte en una disputa ulterior entre Inglaterra y Francia; cómo Lincoln fué uno de los dos únicos hombres que votaron bien en la Legislatura de Illinois sobre una ley que se rozaba con las más candentes cuestiones de aquel momento. ¿No queda entre nosotros los americanos nada de aquel orgullo que hace a los ingleses famosos disentir de la mayoría furiosa, no importa cuál sea el calor de la cuestión en debate? En tiempos como éste ser libre significa por el momento ser mal entendido. ¿Por qué no? La vida intelectual va a ser toda blanda, floja, sin violentos estirones? ¿Los duros contactos y las contusiones han de existir sólo para el cuerpo? Que oigamos ya el golpe de tambor de nuestras propias convicciones. El último repique nos está llamando del lado del espíritu. ¿Qué cosa mejor puede hacer un hombre que negarse a vender su integridad por una vil aquiescencia?

La Irlanda de América: Haití y Sto. Domingo

(Reproducido de "The Nation")

Ahora que el mundo está otra vez en paz [redacted] dueños a su propia determinación ha sido

les y toda vez que la censura en los asuntos del Caribe ha sido tan severa, que el último periodista americano que visitó Haití se vió obligado a disfrazarse de Sargento de la Armada de los Estados Unidos (traje que le sentaba admirablemente) para no ofender las susceptibilidades de los amigos de Mr. Daniels residentes allí. Y parece que también se ha visto obligado a mirarlo todo con los espejuelos de la Marina, los que poseen el don de hacer que todo parezca como lo mejor de lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

Se tenía entendido, desde luego, que la protección de la Armada americana se hacía necesaria para impedir que tanto los haitianos como los dominicanos cayesen en las garras del antiguo Kaiser Guillermo, pero ahora que Mr. Wilson ha traído la paz para todo el mundo—con algunas excepciones—esa necesidad ya no es imperativa, y así nos encontramos en el caso mismo de aquel irlandés que agarró a un tártaro y lo quiso soltar después. El tártaro, según se recordará, no se dejó soltar. Por supuesto que, si Mr. Daniels fuera omnisciente y omnipotente, las cosas hubieran quedado de otro modo. Nunca fue su intención el soliviantar a estos dos pueblos que conviven en una isla hasta el punto de permitir que se conviertan en un duplicado del gobierno irlandés. El no podía comprender que entre los negros haitianos, de cultura francesa, y los morenos dominicanos, de origen español, pudiera existir nada que no fuera el más fraternal de los afectos. El no sabía que las condiciones económicas de ambos pueblos habían sido estipuladas en un tratado que se firmó hace cosa de un siglo. Primariamente Mr. Daniels se propuso dos fines. Uno era el mantener al Kaiser fuera de la isla, para lo cual contaba con la ayuda de Francia, Inglaterra, Italia y otras potencias. El otro era el matener la paz en Haití-Santo Domingo. En el primero de estos designios su triunfo fue completo. El Kaiser «no está» en ninguna de las dos repúblicas. Si fracasó en el segundo designio fue porque estaba demasiado ocupado con otros asuntos más importantes para darle a la Irlanda americana la necesaria atención.

Hasta los admiradores mismos del Secretario de Marina tendrán que admitir que él ha fracasado como pacificador. Hay una revuelta en el norte de Haití en este momento, en la que se calcula que varios miles de haitianos han tomado las armas contra la soberanía de los Estados Unidos, contra la dignidad de sus Marinos, y contra la paz y felicidad de su Secretario de Marina. Una parte de la gendarmería misma que fué tan cuidadosamente organizada entre los haitianos por el General Smedley D. Butler ha desertado para pasarse al enemigo con armas y bagajes. Los «Infantería de Marina» americana, puntamente con aquellos voluntarios nativos que han permanecido fieles a los Estados Unidos, están en guerra con estos rebeldes, que tienen la misma ventaja de conocer el país y saber la manera de vivir en él que le permitió a Villa campar por sus respetos tantos años en Méjico. Por descontado que este es un asunto que ha hecho sufrir mucho a Mr. Daniels.

Los dominicanos están por el momento, dando menos que hacer. Para comenzar, hay que tener en cuenta que sólo hay 900,000 dominicanos en comparación con 2,000,000 de haitianos y que su territorio es más favorable a los movimientos de las tropas regulares. Pero Mr. Daniels no es sólo una persona de inventiva, sino que es hombre capaz de asimilarse las mejores ideas de otras gentes, y de mejorarlas. Así, cuando Weyler fué Capitán General de Cuba, puso en vigor un sistema de «campos de concentración». Con una empalizada de alambre de púas se cercó una parte muy bonita, poblada de muchos árboles y arroyos, del suelo cubano, y a los cubanos que se negaban a «portarse bien», se les invitaba a establecerse con sus familias en estos cercados, donde nada se ahorró de todo cuanto era necesario para su comodidad, con la sola excepción de la comida, la ropa, y las medicinas. Algunas veces uno de estos cubanos malos rompía la alambrada, y entonces, desde luego, los soldados del Capitán General Weyler lo mataban de un tiro. Este método de pacificación fué muy admirado en su día, pero tenía la desventaja de que algunas veces despoblaba los distritos pacificados, y esto daba lugar a que muchas gentes sentimentales le pusieran motes a Weyler, especialmente en los Estados Unidos. Mr. Daniels, sin embargo, ha mejorado considerablemente los métodos del General Weyler. Hay gentes en Santo Domingo que aprecian el bondadoso y benéfico régimen de Mr. Daniels en el mismo grado que los cubanos apreciaban el de Weyler, y cuando Mr. Daniels puso el sistema de concentración de Weyler a funcionar en los distritos de San Pedro de Macorís y Seybo, mostraron una fuerte resistencia a entrar en los cercados, pretextando que tenían un cerdo o dos, o algunos plátanos, o caña, o cualquiera otro producto agrícola que requería su atención y que esto les obligaba a rehusar la amable

invitación de la jira en el edén cercado de alambres de púas que les había preparado Mr. Daniels. Su ingratitud era tan grande, que habiéndose negado Mr. Daniels a proveerles de subsistencias, que hacían muchísima falta en aquel momento para nuestros aliados de Europa, algunos de ellos fingieron morirse de hambre, lo mismo que hicieron los cubanos malos en tiempos de Weyler. Pero Mr. Daniels perfeccionó realmente los métodos de Weyler al adaptarlos a la pacificación de Santo Domingo. Hubo un «drive» (asalto general) en el que los marinos de los Estados Unidos agarraron a los pobres dominicanos y los metieron en el corral; pero algunos pudieron esconderse, como cuando el experimento de Weyler, con grande mortificación y enojo de las autoridades militares. Mr. Daniels adoptó entonces la ingeniosa estratagema de enviar un aeroplano que diera vueltas por encima del campo, lanzando bombas sobre los nativos poco razonables que persistían en mantenerse en sus chozas y dejando las cosas en tal sazón que los dominicanos acabaron por preferir hasta los mismos campos de concentración de Mr Daniels a seguir en campo libre donde estaban continuamente expuestos al ataque por el aire. Probablemente, para este tiempo los distritos de Macoris y Saybo se hallan completamente pacificados. De todos modos, los dominicanos han aprendido su lección. Mr. Daniels no visita en persona sus posesiones tropicales, prefiriendo gobernarlas por conducto de un virrey.

Cuando las sesiones de las Conferencias de la Paz comenzaron en París, sucedió al Almirante Knapp en su puesto de Virrey el contra-Almirante Snowden, que una vez comandaba el yate presidencial Mayflower, y se distinguió considerablemente en tal capacidad. El Almirante Snowden es el primero de los representantes personales de Mr. Daniels que ha ejercido la autoridad suprema sobre toda la isla de Haití y Santo Domingo, si bien conserva su sede de Virrey en la ciudad de Santo Domingo y se contenta con el título de Gobernador Militar y Comandante en Jefe del ejército expedicionario de Estados Unidos. Esta modestia es plausible en este momento, toda vez que en Haití hay todavía nominalmente un Gobierno Haltiano, del cual es presidente Sudre Dartiguenave, mientras que en la república dominicana, no habiendo Presidente, ni Congreso, ni Ejército, ni nada por el estilo, el Almirante Snowden está obligado a echar sobre sus hombros las funciones de Presidente, Senado y Cámara de Representantes.

El Almirante-Presidente Snowden heredó su Gabinete del Almirante Knapp, pero con ciertos cambios introducidos en la familia oficial que se reunió al principio en torno de su predecesor, y el Consejo de Estado y Gabinete se compone ahora como sigue:

Brigadier-General Ben H. Fuller, U. S. M. C., Secretario de Guerra, Secretario del Interior, Secretario de Policía, Secretario de Marina, Secretario del Almirante, Comandante de las fuerzas americanas de tierra que operan en la República dominicana. Este ha reemplazado al Brigadier General Fendleton, quien prefirió prestar servicio en Francia.

Coronel Rufus H. Lane, U. S. M. C., Secretario de Estado y de Asuntos Exteriores, Procurador General, y Secretario de Instrucción Pública. El Coronel Lane ocupaba estos mismos cargos bajo el Almirante Knapp.

Comandante Ralph Whitman, U. S. N. Secretario de Agricultura y Secretario de Inmigración.

Comandante C. C. Baughman, U. S. N. Secretario de Fomento y Secretario de Comunicaciones.

Comandante Arthur H. Mayo, U. S. N., Secretario de Hacienda.

Es éste un pequeño, pero compacto y eficiente, grupo de hombres que ejercen su autoridad sólo en la República dominicana y no intervienen para nada en los asuntos de los miembros del Gabinete haitiano, que tienen funciones similares.

El Agente Fiscal y Depositario del caudal virreinal de Mr. Daniels en el Caribe, es el «International Banking Corporation», una rama del «National City Bank» de New York. De paso podemos decir que esta Corporación domina casi totalmente los asuntos bancarios de la República dominicana actualmente, si bien el Banco Nacional de Santo Domingo, manejado en gran parte por una familia americana llamada Jarvis, y el «Banco Real de Canadá» conservan aún abiertas sus oficinas y tienen alguna participación en los asuntos comerciales. Mr. Daniels continúa manteniendo como Agente Diplomático cerca de este su Gobierno del Caribe al Hon. William Worthington Russell, quien fué desplazado hace algunos años por Bryan, para abrirle paso a un demócrata que tenía servicios prestados, al Hon. Mr. Sullivan. En los viejos días, Mr. Russell era sólo Ministro Residente y Cónsul General, pero al regresar a su carrera diplomática se le elevó al rango más alto y a los emolumentos de Ministro Pleni-

potenciario y Enviado Extraordinario, la última parte del cual título no tiene nada que ver con el hecho de que preste servicio cerca de un Jefe de Estado cuya autoridad y salario se derivan de la Marina de los Estados Unidos.

No se presuma de los hechos expuestos en este artículo que los caballeros mencionados están en modo alguno descalificados para servir en sus respectivos puestos, o que son responsables de los errores que Mr. Daniels pueda haber cometido, tales como la aplicación del sistema de reconcentración de Weyler a su hacienda particular... pues eso es lo que les parece hoy a algunos la isla de Haití y Santo Domingo. Estos caballeros están haciendo lo más que pueden para administrar en beneficio del pueblo dominicano, y han logrado triunfar en gran medida. Verdad es que ellos no han pacificado ni a Santo Domingo ni a Haití; que ellos no han conciliado al pueblo con la idea de la pérdida de su independencia; pero hasta ahora han impedido que los negociantes americanos se traguen todas las propiedades de los nativos. Cuando el Capitán Knapp tomó posesión de la república dominicana, las inversiones americanas en el país se estimaban sólo en diez millones de dólares. En los últimos tres años han aumentado sólo en un cincuenta por ciento.

Entre aquellos derechos generalmente gozados por los ciudadanos americanos y los cuales no han seguido a la bandera hasta el Caribe, figuran el Gobierno Civil, el juicio ante un tribunal civil debidamente constituído, la libertad de prensa, de palabra y de reunión. Como Czar de Haití, gran señor Protector de Santo Domingo, y Secretario de la Marina de los Estados Unidos, Mr. Danilels resolvió sabiamente que estos privilegios constitucionales americanos sólo servirían para echar a perder a los habitantes de sus posesiones del Caribe, a menos que no se alterasen para adaptarlos al medio tropical. La Ley Marcial siguió al desembarco de los Marinos en Haití, y está todavía en vigor, aunque la maquinaria de las cortes haitianas esté intacta, y bajo la Ley Marcial un marino no puede cometer delito alguno... en contra de un haitiano nativo. La Ley Marcial fue proclamada por el Capitán (ahora Contra-Almirante) Knapp, cuando tomó a su cargo la soberanía de la república dominicana en representación de Mr. Daniels. Todavía está en vigor, aunque la maquinaria de la justicia civil es el solo vestigio que queda de los tiempos en que Santo Domingo era libre. El único oficial americano acusado de un delito grave prefirió el suicidio a la Corte Marcial, de lo cual puede deducirse el por qué los dominicanos mismos preferirían ser juzgados por sus propias cortes. No hay Gobierno Civil en Santo Domingo, siendo el Almirante Snowden el único responsable ante su señor Mr Daniels, con quien se comunica por medio de un «Chargé d'affaires», un señor Luis Galván, cuya Legación está instalada convenientemente en una casa de Washington.

La libertad de la prensa, sin embargo, nunca ha ocasionado a Mr. Daniels el menor disgusto. Los directores de los periódicos dominicanos estaban siempre dispuestos a dar espacio en sus periódicos a los anuncios de contratos del Gobierno que eran aprobados por la censura, antes que a atacar la ocupación americana, cosa que estaba prohibida por la censura. Hasta el «Listin Diario» de la ciudad de Santo Domingo viene aplicando en su política la máxima de la «seguridad ante todo», siendo ya casi perfecta su semejanza con el periódico ideal soñado por George Creel. Algunos métodos algo diferentes se emplearon en Haití. El periódico principal de Haití es «Le Nouvelliste», editado por Henri Chauvet, hombre de muy buen juicio que era pro-americano y pro-aliado antes de la ocupación americana, y ha seguido siéndolo. «Le Nouvelliste», y su rival «Le Matin», que era marcadamente pro-alemán en los días en que se les pedía a los americanos que fuesen neutrales de pensamiento, tanto como de acción, estaban ambos dispuestos a ser amigos de los Marinos e indudablemente no influyó en ellos para nada la idea de que sus importaciones de material de imprenta serían interrumpidas si no lo eran. Pero Mr. Chauvet cometió la tontería de creer que el fin de un periódico debía ser el dar noticias. Y así, cuando llegó a sus manos la noticia de que Addison J. Ruan, Asesor americano de Cuentas ante el Gobierno de Haití, estaba a punto de ser llamado a su tierra, se le ocurrió dedicar un suelto de cuatro líneas a un asunto que tenía la misma importancia relativa para Haití que la renuncia de Mr. McAdoo tuvo en los Estados Unidos. Mr. Chauvet recibió órdenes de comparecer ante el Jefe interino de la Policía de Haití, quien cobra también un sueldo y desempeña un puesto en el Cuerpo de Marinos, y allí se le invitó a que dijera de dónde había sacado "aquella condenada mentira acer-

ca de Ruan." Mr. Chauvet replicó que él había publicado el suelto de buena fe, creyéndole cierto, pero que estaba dispuesto a rectificarlo si no lo era. El señor Jefe exigió el nombre del informador de Mr. Chauvet; pero éste se negó a darlo, no queriendo envolver a un amigo en el nublado que ya veía venírsele encima. Por lo cual y sin mayores demoras ni formalidades, el Jefe de Policía de Haití impuso al director del periódico una multa de trescientos dólares, manteniéndosele en la cárcel hasta que la multa fué pagada. El mismo día, un empleado que trabajaba en un banco de New York fué despedido sin aviso previo, ni recomendación, ni salario extra más allá del minuto de su expulsión. Este empleado era un hijo de Mr. Chauvet. El periódico «Le Nouvelliste» fué suspendido por tres meses.

Este episodio revela el celo con que la libertad de la prensa es mantenida por los servidores de Mr. Daniels en sus posesiones del Caribe. La parte más triste de la historia es—y sin duda alguna ello ha inquietado mucho a Mr. Daniels, que es también un periodista eminente en la vida privada—que la noticia que publicó Mr. Chauvet era correcta. Poco después que hubo pagado su multa y salido de la cárcel, se relevó a Mr. Ruan, y John A. McIlhenney, entonces presidente de la Comisión del Servicio Civil de los U. S., fue enviado a reemplazarlo. Por supuesto que no sería sin alguna satisfacción para Mr. Chauvet que éste se dió cuenta de que le había birlado al Director de «The Raleigh News and Observer» una sabrosa historia naval, pero una cárcel es una cárcel y trescientos dólares son mil quinientos «gourdes», y el «gourde» en Haití compra tanto y es tan difícil de adquirir como un dólar en los Estados Unidos. En cuanto a libertad de palabra y derecho de reunión, basta recordar la suerte que corrió el último Congreso de Haití, para advertir lo cómicas que estas cosas le resultan a Mr. Daniels en los lugares en que su poder es absoluto. Poco después de tomar posesión de Haití, Mr. Daniels se encontró con que tenía entre manos unas elecciones nacionales. Resolvió que estas elecciones serían la cosa más bonita en su género que hubiese presenciado jamás Haití; y así, los del «Cuerpo de Marinos» recibieron instrucciones de regar la noticia en toda la República de que se esperaba que todos los ciudadanos acudiesen a votar... de acuerdo con la lista de candidatos preferentes publicada por el Cuartel General de la Gendarmería de Port au-Prince. El resultado fué un abrumador tributo a la popularidad de las tropas americanas y una gran mayoría en el Congreso haitiano para apoyar todo cuanto se le ocurriera pedir a Mr. Daniels. Pero no bien habían los ingratos estos recibido su ración de material de escritorio, etc., comenzaron a contrariar a su amo, negándose a escuchar su voz en el asunto de votación de un crédito para aumentar la gendarmería, resistiéndose a entregar los correos y telégrafos de la República a los Estados Unidos y dando otras varias muestras de espíritu de contradicción. Mr. Daniels se convenció en seguida de que Haití no estaba preparado para un gobierno parlamentario, y el Mayor (ahora General) Smedley D. Butler, U. S. M. C., que también gozaba del rango y paga de General de División al servicio de la República de Haití, recibió la orden de rodear el Congreso con una fuerza mixta de «Marinos» y gendarmes y de decirles a los diputados que se marcharan a sus casas. Cumplió él su orden y se acabó el Congreso. ¡Cuán grande lección para la expansión del Poder Ejecutivo en nuestro propio infortunado país!

Las cosas que siguen son razonablemente ciertas: ni Haití ni Santo Domingo están ahora amenazadas por la escuadra alemana. Ninguno de estos países está considerado como territorio de los Estados Unidos, ni ha sido ocupado con el consentimiento de sus habitantes. Ninguno de estos países ha sido completamente pacificado por el Cuerpo de Marinos de los Estados Unidos. La Ley Marcial en ambos países no es el medio mejor de educar a los ciudadanos de cada uno de ellos en las responsabilidades del Gobierno representativo. El mundo no puede «asegurarse para la democracia» en tanto que el Secretario de Marina gobierne, con poder absoluto y sin el consentimiento de los gobernados, una isla que puede compararse con Irlanda en área, en número de habitantes, y en la intensidad con que dos razas de características completamente diferentes se aborrecen mutuamente. Otra cosa es cierta. Una fusión económica de los haitianos y dominicanos es imposible, no importa la presión que se haga al efecto por los Estados Unidos, tan imposible como una fusión eclesiástica entre Kilkenny y Belfast.

Figuras del proscenio

Paul Deschanel: el nuevo Presidente de la República francesa

(Del "Christian Science Monitor")

PAUL Deschanel es un Presidente enteramente representativo de la Entente. Sus simpatías para con los ingleses son bien conocidas. Su ciudad natal es Bruselas, adonde su padre había ido desterrado por un gobierno que miraba con suspicacia su celo republicano.

Según la frase de Edgard Quinet, el historiador, Paul Deschanel fué "el primer ciudadano francés nacido en el destierro" y como tal era "bienvenido como una esperanza para la república francesa."

Durante los primeros días de su infancia Paul Deschanel fué el niño mimado del numeroso grupo de amigos que se reunía alrededor de su padre en Bruselas. Entre estos figuraban Emile de Girardin, Alphonse Karr, David d'Angers, Etienne Arago, Henry Monnier y Alexander Dumas, distinguidos hombres públicos que se habían refugiado allí huyendo de la tiranía del Imperio.

La influencia literaria de los hombres que le habían rodeado en su infortunio contribuyó indudablemente a despertar en el joven Deschanel aquel amor a las bellas letras que ha seguido siendo uno de sus rasgos característicos.

El regreso de París

No fue hasta 1859 que Emile Deschanel pudo regresar a Francia acompañado de su esposa e hijo. A los ocho años de edad el joven Deschanel entró en el colegio de Saint Barbe aux Champs, en Fontenay-aux-Roses, y ha conservado siempre un delicado recuerdo de estos sus primeros días de escuela, de sus bondadosos maestros y de sus camaradas de estudio. Poco después se le envió al Liceo Condorcet donde reveló una decidida vocación por el Latín y la Literatura, en tanto que manifestaba gran aversión por las Ciencias Naturales.

A los diez y ocho años obtuvo su grado de Licenciado en Letras y dos años después el de Licenciado en Derecho. A partir de esta fecha dedicó su atención a los asuntos políticos, habiendo desempeñado el cargo de Secretario de Mr. de Marcere, Ministro del Interior, y luego de Julio Simón, Presidente del Consejo.

A los 22 años de edad se le nombró sub-Prefecto de Dreux. Aunque muy joven, se dió clara cuenta en este cargo de las responsabilidades que significaba para él y no ahorró nunca el menor esfuerzo para consolidar el prestigio de la República que acababa de pasar por un período crítico. En 1878, en un discurso dirigido a los alcaldes y concejales de su Prefectura, definió su primer programa político, que en realidad llegó a ser su divisa de siempre: "Imparcialidad hacia las personas, firmeza en los principios, moderación en los métodos."

Electo por una gran mayoría

Sucesivamente nominado en Brest y Meaux, Paul Deschanel se presentó candidato para diputado en las elecciones generales de 1881, pero se le derrotó por 8686 votos contra 7479. Entonces resolvió no volver por el momento a ocupar funciones oficiales y en su lugar se aprovechó de la ocasión de su salida del cargo para dedicarse a completar su instrucción, pasándose varios años en la Universidad de Heildelberg. Sin embargo, apenas regresó a Francia cuando sus amigos lo obligaron de nuevo a presentarse candidato y esta vez triunfó sobre sus adversarios por una gran mayoría.

La primera hazaña oratoria de Mr. Deschanel data de 1888 cuando en un magistral discurso explicó la situación de los intereses franceses en el Este. Adquirió en aquel período una gran popularidad por la defensa que

hizo de la libertad de la Prensa y durante el movimiento llamado «boulangista» su actitud fué siempre manifiestamente hostil al «chauvinista» en general.

En 1889 fué reelecto diputado por Nogent-le-Rotrou y desde entonces comenzó a desplegar mayor actividad en la política francesa, especializando su atención en el estudio de las cuestiones exteriores y de los problemas económicos, atacando vigorosamente "ese falso punto de honor que conduce a toda clase de debilidades y capitulaciones."

Nombrado académico

Electo Vicepresidente de la Cámara en 1896, rehusó el puesto de Ministro de las Colonias que le ofreció el Ministerio Méline. Dos años después se le nombró Presidente de la Cámara, ocupando esta alta posición durante cuatro años sucesivos, período durante el cual se efectuó su ingreso en la Academia francesa.

Reemplazado en 1902 por León Bourgeois, Mr. Deschanel escaló la tribuna para abogar por la causa de una política democrática, manifestándose opuesto tanto al colectivismo revolucionario como a todos los extremos reaccionarios. Pronunciándose en favor de la neutralidad del Estado en asuntos religiosos, votó por la separación de la Iglesia y el Estado.

Nombrado Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, estudió cuidadosamente el problema de la política francesa en Marruecos y defendió el Tratado franco-alemán relativo a Marruecos y al Congo. Aunque se le ofreció en esta época el puesto de Embajador francés en Viena o en Petrogrado, Mr. Deschanel se negó a considerar estas proposiciones no obstante lo bien equipado que estaba para dichos puestos. En 1912 fue reelecto para la presidencia de la Cámara, cargo que ha venido ocupando hasta ahora.

No tiene enemigos

Es una característica de Mr. Deschanel que en la Cámara no tenía enemigos ni políticos ni personales, habiendo logrado captarse las simpatías de todos los partidos. Durante la guerra dirigió la labor de la Cámara con extraordinario tacto, expresando en cada oportunidad, con tanta fidelidad como elocuencia, los sentimientos de los representantes de la nación.

Como Presidente de la República, Paul Deschanel estará «en su elemento»—para usar la expresión corriente en Francia—y habiendo intervenido, en sus funciones de Presidente de la Cámara, en todos los grandes asuntos de orden nacional e internacional que han tenido lugar durante los últimos diez años, ha adquirido una variada experiencia que la mayor parte de sus predecesores podrían envidiarle.

Para ciertos políticos hay un solo factor adverso a Mr. Deschanel y es el hecho de que nunca ha sido Ministro. Pero una cosa es evidente: la experiencia adquirida durante su contacto diario con los parlamentos que ha tenido que dirigir, y en muchos casos refrenar, es infinitamente superior a la que hubiera adquirido pasando por un Ministerio.

Su reputación como escritor

Además de su brillante carrera política, Mr. Deschanel ha encontrado tiempo para conquistarse una bien merecida reputación de hombre de letras. Designándole para suceder a Edward Hervé, periodista brillante, la Academia deseaba recompensar en su persona a un escritor que combinaba los más puros talentos literarios con dotes notables en la Política y en la Sociología.

Las producciones literarias de Deschanel son tan variadas como numerosas. En 1883 publicó un libro sobre la cuestión de Tonkin; dos años más tarde apareció su «Política Francesa en la Oceanía», seguida por «Los Intereses franceses en el Pacífico», cuyos tres tomos fueron objeto de un premio adjudicado por la Sociedad Geográfica francesa. A estas obras siguieron dos tomos de siluetas que fueron premiados por el Instituto: «Oradores y Estudiantes» y «Caras de Mujeres». Las cuestiones políticas y sociales de nuevo solicitaron su atención y dió a la estampa entonces obras como «Descentralización», «La nueva República» (1898), «La cuestión Social», «La idea de la Patria», «Organización de una democracia» (1910), «Palabras francesas» (1911)... y, por último, «Gambetta», su obra más reciente, que es un estudio magistral del gran estadista francés.

Como académico, Paul Deschanel recibió el encargo de sus compañeros de recibir a Alejandro Ribot, a quien siempre había admirado profundamente.

La elocuencia de Deschanel es muy apreciada y todos están de acuerdo en que el nuevo Presidente de la República es un notable orador. Bien se puede asegurar que en las nuevas funciones que acaba de asumir servirán de mucho a Deschanel sus dotes oratorias.

Los candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos por los Partidos Demócrata y Republicano

PABLO WALLACE HANNE

(De la revista americana "Reconstruction")

¿Por qué está el redondel presidencial literalmente lleno de los sombreros de «pigmeos políticos» y de «candidatos de quinta clase»? El «New York World» formula esta interrogación, pero elude la respuesta.

La respuesta no puede ser sino una. Como siempre, de un modo infalible, la demanda crea el artículo.. La urgente necesidad de la hora reclama hombres y medidas que sirvan para retardar la descomposición de una época agónica. Así, los candidatos que se van presentando tienen la talla política de enterradores y embalsamadores.

Todos los aspirantes tremolan la bandera roosevelitiana del americanismo. ¿Y qué es lo que entienden ellos por esta palabra? Si alguien puede hablarnos del asunto con perfecta autoridad, nadie mejor que el «Metropolitan Magazine», que en su número de Pascuas nos decía:

"No se puede ser un buen americano... a menos que no se esté orgulloso del sistema capitalista....

"Por lo presente, nuestro objetivo principal es el registrar las opiniones de nuestros hombres públicos, en cuanto a si están por los métodos americanos o en su contra; y si están en favor de los métodos americanos, deben declarar rotundamente: 'Estamos por el sistema capitalista.'"

El gran diario demócrata «The New York World», que se queja de que «candidatos pigmeos» han usurpado el campo, afirma que una nación está corriendo un grave peligro cuando sus partidos fuertes dejen de representar principios definidos de gobierno, "y esa es la situación actual de los Estados Unidos," afirma.

El gran magazine republicano «The Metropolitan Magazine», suministra plena y exacta réplica a lo dicho por el diario demócrata, demostrando que la nación está en grave peligro porque, al contrario, ambos partidos están luchando en el mismo lado de un principio que nunca estuvo antes tan categórica y terminantemente definido.

No estamos marchando hacia una revolución. Estamos en medio de una revolución. Y la cuestión que se ventila es la de si esta revolución seguirá su curso, por el conducto de la libre discusión, hasta efectuar sus cambios ordenadamente, bajo una dirección honrada, o se desviará en dirección de una violencia estúpida mediante un ciento por ciento de acuerdo entre los reaccionarios para no transigir en forma alguna con el nuevo orden social.

Demos de lado por un momento a la lista de hombres de quienes más se habla como sucesores de Wilson. Su eminente ineptitud no puede apreciarse en toda su extensión mientras no hayamos examinado brevemente el estado de la nación cuya averiada proa aspiran ellos a enderezar. Ellos no son ni imbéciles ni ladrones. Son hombres corrientes de los que han venido ocupando las Casa Blanca casi sin interrupción durante los últimos cincuenta años. Son pigmeos políticos porque a una situación que reclama genio y una rara intrepidez, aportan sólo el tipo corriente de mediocridad política. No hay más que una cuestión ante el país. Los directores de periódico que he citado y todos sus colegas convendrán conmigo en que la tarea de ahora es, o bien hacer que el actual sistema industrial responda a las nuevas necesidades e ideales de las masas, o a reemplazarlo hábilmente con otro que responda.

Para establecer esto no se necesitan argumentos. Tenemos la agitación obrera y los lamentos de los consumidores, las riñas de clases y el costo de la vida. El sistema que nuestros candidatos presidenciales están tratando de mantener rígido y aun de ornamentar, está amenazado, desde abajo, por obreros que exigen más de lo que crean; de ambos lados, por un «público» que no puede pagar más por las cosas que necesita, y de arriba, por una clase privilegiada que no desea, o no puede, ceder a las exigencias de los millones que se agitan debajo de ella.

El «New York World» sabe bien todo esto. Sinceramente trata de aliviar el descontento de la clase obrera y el clamor de los millones que reniegan cada vez que tienen que comprar lo que necesitan. Del universo inmenso de su conciencia editorial, puede escoger las medidas que mejor pudieran hacer frente a la situación. De tiempo en tiempo lo hace así, pero sólo para descubrir que se está haciendo eco de las fórmulas de los pigmeos y de los políticos de quinta clase.

Los hombres a quienes mira con desdén son McAdoo, Palmer, Baker, Bryan, Walsh, Hoover, Pomerene y Hitchock en la colum-

na demócrata, y Lowden, Coolidge, Wood, Buther, Poindexter, Harding, Pershing, Johnson, Borah y Sutherland en la republicana. ¿Han rechazado los demócratas todos la política preconizada por «The World»? ¿No es cierto, por el contrario, que al discutir la única gran cuestión estos candidatos han exclamado con «The World» y con Wilson: "¡No hay que tocar los tejidos vitales de las cosas tal como están!" ¿Y qué discusiones ha habido entre ese periódico y los principales candidatos republicanos acerca de los atropellos al obrero y de la lógica inmunidad de los logreros?

No miente el cuano al llamar pequeño al pigmeo; pero tampoco aumenta con ello el tamaño de ninguno de los dos. El cargo contra los candidatos es que no tienen solución para un problema que ha anonadado a su acusador. Pues al estarse quietos ellos están desacatando a un juez... que se niega a dar un paso adelante.

Dándose cuenta de su actitud ridícula, el juez trata de volver atrás, y declara que el partido Demócrata perdió su alma cuando se declaró en favor de la prohibición y abandonó su defensa de los derechos de los Estados. Este juez se niega a reconocer la estentórea verdad de que los dos partidos se han convertido en instrumentos de la plutocracia y son, por lo tanto, imposibles de diferenciar.

¿Por qué son iguales?

Hace años el partido Republicano se rindió abierta e ignominiosamente, confiriéndosele un lugar a la diestra de Wall Street, como merecía. Callada e hipócritamente, el partido Demócrata se pasó al enemigo durante la noche de esta su administración. Y así, ambos han dejado en realidad "de representar los principios definidos del Gobierno." Ellos han abandonado el plural. Las filas altas de los pequeños negociantes se han aliado con los grandes negociantes. Se dió la voz de alarma y los aliados naturales se han movilizado para rechazar a su común enemigo: el hambre de las masas clamando por la justicia económica.

La hora no puede ser mejor para candidatos de quinta clase. No tiene nadie más que presentarse como aspirante. El nido está preparado perfectamente para que la gallina se eche. Todo lo que tiene que hacer esta gallina es estarse quieta. Agua y comida se le servirá a todas horas, pero no debe jamás salir del nido a bañarse en el polvo ni a ver la hora que es.

Wall Street está buscando un Buchanan y los candidatos se presentan a montones. Pero no aparece ningún Lincoln en el horizonte y cuando alguno trata de aparecer se le retira inmediatamente de la presencia del público. No existe ni siquiera un Clay que sirva al menos para aplazar el temido conflicto por algún tiempo.

Ante los ojos de la plutocracia, el hombre ideal es aquel que recibe órdenes suyas y deja al país entregado a sus tribulaciones, o uno que aplique la camisa de fuerza al paciente tan pronto como empiece a dar señales de delirio.

Consideremos algunos de los más caracterizados aspirantes republicanos. El General Pershing no pretende saber nada ni de Economía, ni de Relaciones Exteriores. Su única recomendación es la de que su nombre es conocido por todos los lectores.

El gran programa de Poindexter

Miles Poindexter odia a Woodrow Wilson y le cree responsable de la actual agitación en el mundo. Su remedio santo para poner fin a la agitación es el aumento de los arrestos. La caída del Czar ruso parece que le puso tan nervioso, que ha olvidado desde entonces todas sus otras campañas contra los "privilegios especiales."

El Gobernador Coolidge no ha indicado jamás ningún remedio para el alto costo de la vida y no tiene nada que ofrecerle al trabajador, a no ser la clausura de sus asociaciones. Este obtendría probablemente la nominación, si no fuera por lo mucho que se parece a todos sus demás rivales a la presidencia.

Nicholas Murray Butler tiene mucho de recomendable para aquellos intereses privados que acaban de recomendarle al pueblo. El hecho de que sea un Presidente de Universidad es en sí mismo suficiente para que los electores sientan un entusiasmo eléctrico en favor de su candidatura. En caso de que la ola le sea adversa en la Convención, el doctor Butler sin duda le traspasará sus votos a Guillermo Hohenzollern, de quien dijo en Junio de 1913:

"Si el Emperador alemán no hubiera nacido para ocupar el trono, hubiera sido electo monarca, o Jefe del Ejecutivo, por el voto popular de cualquiera de los pueblos modernos en cuyo seno le hubiera tocado en suerte vivir."

El pueblo alemán ha arrojado al antiguo Emperador, a su suerte, y a todos sus bienes y anexos, entre los holandeses. Los holandeses tienen una reina nacida y criada en casa y así no han cumplido la predicción del doctor Butler de que lo elegirían para reinar sobre ellos. Pero nootros somos evidentemente un pueblo más moderno que el holandés y Guillermo puede el próximo Junio presentar su candidatura para suceder a Woodrow Wilson por conducto del Presidente de la Universidad de Columbia.

Del Gobernador Lowden, es muy difícil decir nada. Fuera de los círculos bancarios, él es relativamente desconocido para los votantes no residentes en su propio Estado de Illinois. Pero ningún círculo puede estar tan elevado que Mr. Karl W. Ackerman no puede entrar en su seno y revelar sus secretos. El Gobernador Lowden se puso en primera fila entre los candidatos de Wall Street por su discurso en el banquete de la New England Society que tuvo lugar en New York. Este fué su bien preparado debut en el circuito político del Este. Un sólo párrafo de Mr. Ackerman nos da idea de la escena y de lo que allí ocurrió.

"El banquete fué una de las más importantes funciones públicas de índole política en el año. Toda fuerte casa bancaria, todo gran ferrocarril, toda enorme corporación estaba allí representada por sus directores. Los bancos tenían mesas separadas. También las tenían los directores ferroviarios. No hay duda alguna de que las riquezas todas del Este y de la ciudad estaban allí representadas. Uno de los oradores se refirió a la presencia de tantos hombres fuertes de las líneas férreas y la alta Banca, exclamando que en punto a millaje y a depósitos era aquella la más grande reunión verificada en la historia de los Estados Unidos."

Al Senador Harding se le describe suficientemente con sólo decir que es del tipo de McKinley. Y bajo el régimen de McKinley fué que nos engolfamos en una guerra internacional que los admiradores más fuertes del finado Presidente aseguraban que él detestó, manifestando que había entrado en ella sólo por compulsión de sus socios. Ambos hombres pertenecen a la era en que no importaba mucho quien era el Presidente.

William Jennings Bryan es el más grande de los «pigmeos políticos» entre los demócratas. El ocupa lugar aparte del resto en ambos partidos, porque aboga por cosas concretas y le dice al pueblo como es. El desea que el Gobierno posea y opere suficientes líneas de ferrocarril y minas para flanquear las empresas privadas por medio de la competencia. Es una sugestión inteligible. El pueblo la puede atender. Así también las empresas, y así también los capitalizados demócratas del Sur, que se separarían, rebelarían y en general harían todo cuanto estuviese en sus manos para destruír los restos del partido Demócrata, antes que permitirle a Bryan influír en el partido otra vez.

McAdoo y Palmer

William G. McAdoo comparecerá en la Convención con algunos votos. Si el cielo llega a ofrecer indicios de que es posible la elección de otro Presidente demócrata, Wall Street prefiere que éste sea McAdoo. El aumentó la paga de los obreros ferroviarios y dijo unas palabras contra los dueños de minas, pero cuando se trata de los detalles acerca de cómo la garra estranguladora de la plutocracia sobre el pueblo ha de romperse o refrenarse moderadamente, McAdoo se vuelve tan mudo como la esfinge o el «New York World».

El Procurador General Palmer sería ciertamente electo para próximo Presidente, si pudiera lograr que el pueblo creyera en sus promesas acerca de reducir, mediante un «cuentagotas», el costo de la vida.

El Secretario Backer ha realizado una gran lucha por la presidencia. El ha hecho todas aquellas cosas que nunca pensó en hacer y ha dejado sin hacer todo aquello que se le propuso hacer. Y así nadie gusta de él. Si durante su término presidencial surgiese una crisis, él le haría frente proclamando en seguida la Ley Marcial.

Herbert Hoover es proclamado como una posibilidad en el campo demócrata sólo a causa de su familiaridad con esa gran flaqueza de la gente común, la comida. Si las masas estuvieran tan bien familiarizadas con los víveres como él lo está, las probabilidades de Mr. Hoover aumentarían. Este es un asunto misterioso acerca del cual el pueblo no sabe nada, excepto que los precios subieron horrorosamente durante la administración de Hoover y nunca más volvieron a bajar. Si los anticomunistas de la Europa Central y de los Estados bálticos pudieran votar aquí, el porvenir de Hoover sería brillante.

Atlee Pomerene brilló ante la vista del público una vez. Cuando los mineros de carbón estaban amenazando con una huelga, el pretendiente de Ohio, se levantó en el Senado y declaró que sería atroz que la Cámara se suspendiese aquel día sin hacer algo que evitase el inminente desastre. El siguió repitiendo estas frases hasta que Knox se levantó y preguntó si el Senador de Ohio no tenía nada concreto que aconsejarle a la Cámara. Aquello fué una cruel interrupción. Nuestro héroe se bamboleó bajo el golpe, y con la diestra mano agarrando el vacío sobre su cabeza pulida y blanca, murmuró: "Acerca de esto, no tengo nada pensado." Y las galerías sabían bien que él había dicho la verdad.

Con las enmiendas y reservas del caso, Hitchcock podría ser un candidato de última hora para los demócratas. Pero el corazón del mundo no se oprimirá cuando su nombre deje de oírse más, lo que ocurrirá pronto.

No, todos estos hombres preferirían tener la presidencia a tener razón. Ellos piensan en la agitación popular como algo que debe ignorarse hasta el momento crítico y entonces sólo como un asunto propio para que lo arreglen la policía y el ejército. Era la fórmula del viejo partido Republicano y ahora lo es del partido Demócrata. Es la fórmula de todos los partidos que sucumben a la plutocracia, porque la plutocracia ha resuelto morir con los zapatos puestos.

Proponer transacciones, concesiones, y alivios fudamentales por los únicos medios que pueden efectuarse, es proclamarse a sí mismo un bolsevista. Pues en el lenguaje de aquellos que rigen ambos partidos, según nos lo dice Mr. Aekerman:

"Ellos creen que el sentimiento en los Estados Unidos se inclina decisivamente contra el radicalismo y ellos interpretan el radicalismo como el liberalismo en acción.

"Fijáos en la frase bien! Cuando los liberales demandan actuación, se convierten en seguida en radicales, bosheviquis, rojos.

"Y ningún rojo habrá de ser nominado para Presidente por ninguno de los dos partidos viejos el año que viene. El premio de la Casa Blanca le está reservado a un conservador seguro, sensato, inmóvil; a pigmeos políticos y candidatos de quinta clase; en suma, sólo para el hombre que pueda prestar el juramento del «Metropolitan Magazine» y jurar solemnemente: "Estoy en favor del sistema capitalista."

Mrs. Annie Besant

P. O. CONNOT

Mientras tomaba te en la terraza de la cámara de los comunes, alcancé a ver una figura, que a pesar de ser rara no dejó de parecerme familiar. Se trataba de una señora vestida con traje mitad inglés, mitad hindú, rodeada por hombres con turbantes y flotantes vestimentas. La aureola de cabellos blancos y su figura de amplias proporciones revelan a la mujer de edad madura.

De pronto me acordé de quién era. Mi memoria retrocedió cerca de cincuenta años, época en que ví a esa msima señora, con una figura muy diferente por cierto. Entonces era una encantadora belleza irlandesa, de hermosos ojos brillantes, facciones delicadas, boca de que rubín, modales delicados y un cuerpo perfecto.

Junto a ella se elevaba en aquella época una de las más feas y fuertes figuras que he visto, de espaldas y pechos tan amplios y macizos como los de John L. Sullivan, con una cara recia, rasurada, una nariz corta que terminaba verticalmente sobre un labio superior de portentosa longitud y una mandíbula que parecía el yunque de un herrero.

En su cara ardían materialmente dos grandes ojos grises que en cada mirada lanzaban un reto y una amenaza y en verdad uno creía tener ante sí, tan intolerante como siempre, al terrible Dantón que en señal de desafío echó a los reaccionarios de Europa la cabeza de un rey y levantó a sus compatriotas de Francia, en un gigantesco esfuerzo de defensa contra los enemigos que trataban de estrangular a la Francia republicana.

Estas dos figuras tan notablemente diferentes, en un tiempo estuvieron estrechamente asociadas en una misión que al principio tuvo por finalidad, en todas partes, la demolición de instituciones tales como la monarquía y el cristianismo. Los conocí en un edificio denominado Hall of Sciences, que en aquellos tiempos era una especie de templo de librepensadores de Inglaterra.

La señora se llamaba Mrs. Annie Besant. El hombre, Carlos Bradlaugh. En la época apartada a que me he referido difícilmente se hubiese encontrado una pareja que gozara de menos simpatías en todos los círculos sociales de Inglaterra. El libre pensamiento era entonces cosa mucho menos común que en la actualidad, y lo expresaban tan luego, no con la hermosa y suave dicción de John Morley o en la forma severa y fría de los ensayos científicos de Herbert Spencer, sino en dis-

cursos rudos y casi brutales. Lo que más agravió a la sociedad fué que aceptaran la paternidad de un trabajo semimédico que abogaba por la limitación de la población según las ideas de Malthus, y en la cual se usaba de un lenguaje que ya pasaba los límites de la franqueza, aun teniendo en cuenta que se trataba de una obra para médicos y tan sólo leída por ellos.

Fueron llevados a los tribunales y puestos en libertad después de muchos meses de ardua lucha, donde Bradlaugh empleó sus infinitos conocimientos de todas las argucias y estratajemas de la letra de la ley. Necesario es decir que Bradlaugh fué en su juventud, y por muchos años, empleado en un bufete de abogado y había aplicado su intelecto asombrosamente robusto y su tenaz memoria a aprender los recursos de los abogados, especialmnte aquellos que se refieren a procedimientos en lo criminal.

Bradlaugh tenía curiosos modales que contrastaban cómicamente con su voluminosa figura, con su cara grande y fea y con su posición de rebelde ante la sociedad. Su cortesía rayaba en las exageraciones de los más geminos cortesanos franceses. Se quitaba el sombrero cuando hablaba ante cualquier mujer, así fuera su sirvienta. Sus reverencias llegaban hasta tan abajo que se creía que Lord Chesterfield había resucitado o que se estaba tratando con uno de los tipos que Sheridan pinta en «La escuela del escándalo». Muchas veces llegaba al melindre en sus tonos de voz. Recuerdo una vez que al salir del salón de las ciencias se volvió hacia la bella y suave figura femenina que lo seguía y apretando los labios y con mirada tierna le dijo melindrosamente "Etais vous pretes" (está usted prenta), innecesaria expresión francesa que nada tenía que hacer en una conversación en inglés.

Por mucho tiempo concurrían a reuniones donde hacían uso de la palabra ambos oradores, y debo advertir que en numerosas ocasiones se trató de magnas asambleas en favor de la reforma agraria o de la liberación de los búlgaros o de modificaciones fundamentales en nuestro sistema reaccionario de sufragio. Ambos tan excelentes oradores, aunque de estilo diferente, Bradlaugh era y tenía el aspecto de un boxeador y estaba tan acostumbrado a los métodos de la tribuna, donde más de una vez tuvo que defenderse contra los puños de los piadosos indignados y atléticos cristianos, que siempre parecía ladrar más bien que hablar y aquellos ojos suyos provocativos y despóticos, daban la impresión de que se estaba en presencia de un revolucionario que hacía uso de la palabra cuando bien pudo escoger la guillotina para librarse de sus opositores.

Pero a pesar de ser vigorosísimo en sus frases y de una fuerza de argumentación abrumadora, Bradlaugh careció del don de persuación cuando llegó a ser miembro influyente del parlamento después de cinco años de una lucha agotadora que le produjo una muerte prematura. En el exiguo recinto de la cámara (porque la cámara es muy poco espaciosa) los discursos de Bradlaugh, pronunciados con tono áspero y frío sonaban en mi oídos como deben sonar un par de cimbalos crujientes en una salita.

Annie Besant, por otra parte, hablaba en tono bajo y suave, con exquisita dicción, con escasos gestos y una lógica tan rigurosa como la de un profesor de metafísica. De vez en cuando tenía estallidos de una elocuencia hermosa y contenida, que producía un estremecimiento en el auditorio.

Después de un tiempo, Mrs. Annie Besant se separó de Bradlaugh. Se hizo socialista, credo nuevo en Inglaterra y muy repudiado en aquella época mientras Bradlaugh siguió siendo, hasta su muerte, un fanático individualista, en pugna con todos los socialistas, incluso John Burns.

Después de la muerte de Bradlaugh se produjo un nuevo cambio en las ideas de Mrs. Annie Besant; se convirtió en discípula de Mme. Blavatsky, que enseñaba el extraordinario credo de la teosofía. Y he aquí a la gran materialista, a la malthusiana, a la atea, transformada en predicadora del evangelio de los Mahatmas y ocupada en preconizar, no ya la limitación, sino la multiplicación infinita de los hombres, como único medio de que las almas pasasen por variadas y numerosísimas fases antes de disolverse en el Nirvana.

Vivía a la sazón en una casa pequeña del bosque de Saint John, un encantador y frondoso suburbio de Londres donde George Elliot también encontró asilo y Alma Tadema y otros artistas pintaron sus cuadros. Fué allí donde le hablé por última vez. Conservaba aún rasgos de la belleza de su juventud, a pesar de que sus cabellos eran ya de una blancura de nieve. Fué allí donde convino en que debía escribir sus memorias para mi periódico. Cuando este trabajo se publicó luego en forma de libro, encontró su fortuna, en la reseña de la pluma analista, pero benévola del gran Gladstone.

Luego, un buen día Mrs. Annie Besant desapareció de Inglaterra. Se había radicado en Benarés, la ciudad sagrada de la India y

allí aquella mujer irlandesa (porque es irlandesa aunque nació en Inglaterra), se identificó con las aspiraciones y aun con las extrañas ceremonias de la vida hindú.

Mrs. Annie Besant es de aquellas personas destinadas a ser la figura de más relieve de cualquiera de las causas que adopte. No es de extrañar, pues, que se convirtiera bien pronto en la sacerdotisa de las aspiraciones de un gobierno autónomo en la India.

Las autoridades inglesas llegaron a odiarla y temerla. Muchas veces estuvo en peligro de ser arrestada; pero, con todo, nadie se atrevió a tocarla. Este año ha aparecido en Londres rodeada de hindúes de vestimentas flotantes y de mahometanos, a defender ante las comisiones parlamentarias la causa de esos obscuros millones de hombres, que ella, a pesar de su cultura europea, ha adoptado de todo corazón.

De colaboración

Al oído de mis hermanas de América

LOLA COLLANTE

Si yo pudiera desde aquí con palabras encendidas o con frases ungidas de miel y diáfanas como el manantial que brota de mi corazón vivo, hablarles a mis hermanas de América y en especial a mis queridas hermanas de Colombia; si pudiera abrir los brazos en un gesto amplio que abarcara el infinito para recibirlas a todas y decirles cuatro palabras al oído! Muchas, quizás las más, me rechazarían e hincarían sus dientes en mi propio corazón. No importa. Para esas, "pobres y mansas ovejas de rebaño," tendré la piedad de una sonrisa. Para las otras, no importa tampoco quienes sean ni de donde vengan, tengo la frase justa, sedante y buena, o la altiva y rotunda letanía de las mujeres fuertes que las enseñe a empinarse por encima de las humanas y tristes cosas, a mirar con ojos limpios y serenos la vida, desafiándola si es preciso. Pasaron ya los años en que el ademán deprimido o el gesto estudiado largamente en los espejos eran la característica común femenina. Horror a la que osara alzar la cabeza de las labores de mano y reemplazar a la aguja con la pluma! Ay de la que dejara oír su voz fuera del recinto del hogar! Hoy los hombres comienzan a mirarnos sin recelo. No somos ya la esfinge que sella los labios y sugiere en su mudez inquietantes secretos: no poseemos filtros misteriosos, ni tenemos cabellos de llamas ni ondulaciones desesperantes; no gustamos de arañar como animales perversos para chupar la sangre de los corazones. Las inocentes artimañas que nunca fueron tales y que los hombres obsesos querían ver en nosotras, van afortunadamente desapareciendo. Diáfanas, puras, porque todo lo natural es puro y limpio y risueño, nos acercamos a ellos. No queremos suplantarlos ni hostilizarlos; no tendemos sutiles redes ni agredimos brutales.

¿Hay ademán más simple y más hermoso?

No os incita, hermanas que aun permanecéis larvadas, el oro del sol desleído sobre los campos infinitos de la vida? No sentís que vibra en vosotros un temblor de tímidas alas ignoradas? Y vosotras, que pensastéis sobre esa misma vida, ebrias de luz y con los ojos en alto, guiadas por el fulgor de una lejana estrella, mientras rasgaban vuestras plantas las piedras del camino, no sentís que por sobre todas las ficciones late una inmensa verdad que precisa descubrir y seguir? Sois débiles! Sois pequeñas! Sois triviales! Sois caídas! Recogéos al fondo de vosotras mismas y removed los tesoros escondidos que todas poseemos y aprended a hacer de un grano de arena una roca y de una roca un baluarte. ¿Sois románticas o místicas? No toquéis un libro de versos que no os hable del dolor, o no os enseñe una profunda verdad que os libre de las sorpresas románticas, o emplead vuestros inútiles fervores en los tristes, en los desolados y aun en aquellos que el mundo signó con tara indeleble. ¿Sois orgullosas o vanas? Visitad los cementerios.

"La mujer nueva, dice Max Nordau, persigue fines razonables, aunque lo haga a veces por medios que no lo son bastante. No sueña con orgías en que el champaña corre y la sangre brota. No quiere delirar, esparcir el terror, ser Walkiria. La mujer nueva quiere llegar simplemente a su autonomía moral." Heine al describir a la mujer, decía: "Un mestizo de espantos y voluptuosidades. El cuerpo y las patas como de un león, pero mujer por la cabeza y los senos." Nada tan absurdo como esta visión de la mu-

jer, sugeridas por la inquietante imaginación de un poeta. Verdad es que hay muchas mujeres todavía que que se ajustan al símbolo de las cinco cautivas de Adriana y Barba Azul en la obra de Macterlinck; pero aun así, el gesto de éstas es más humano y más natural; hay en sus tiernos cuidados para el tirano que las encarceló durante largos años, la bondad de las esclavas acostumbradas a besar la mano que hacía restallar el látigo sobre sus espaldas, nada más; no tienen espantos ni patas de león; perpetúan sencillamente una especie y son lo que quiso el hombre que fueran. Afortunadamente las ariadnas se multiplican día por día y los hombres modernos distan mucho del Barba-Azul macterlinkeniano. Cuando todas aprendan que la llave de los misterios no puede serles vedada porque encierra la luz de una verdad; cuando por sobre todos los artificios griten ellas el impulso de la raza, y en vez de juguetes inconcientes del genio de la especie, sepan ser madres, divinizadas por el solo hecho de serlo; cuando sepan mirar de frente la vida y avanzar por ella sin timideces ni postizas trabas; cuando en vez de culpables y humilladas por el mundo se sientan sencillamente humanas y en el círculo de lo humano aspiren por sí mismas a la humana perfección, entonces, hermanas mías en Jesús por humilde, en Jesús por humanamente justo, en Jesús por ampliamente bueno, seremos las mujeres fuertes del porvenir que más se aproximan en su gracia serena a las mujeres bíblicas que a las Ménades o Walkirias. Entonces....

México actual

HUMBERTO TEJERA

Mirar hacia México es algo que cura de pesimismos. He aquí la admirable visión de un pueblo joven que con indomables energías se va abriendo senda por los buenos senderos de los pueblos libres, a brazo partido contra todos los resabios interiores de media centuria de opresión, y contra el fatalismo geográfico que lo pone de rompeolas ante las diversas y desbordantes ambiciones del Norte.

Ya sabemos que la Nueva España es país de maravilla, así lo encontramos desde la empenachada prosa de Solís hasta en las histeriadas andanzas de Valle Inclán. El oro antiguo, los potosíes legendarios atrayeron la conquista española; el oro moderno, oro líquido, el petróleo, está atrayendo ahora la invasión yanqui. Los aztecas asimilaron la primera conquista, y están sorteando la invasión presente; lo más probable es que se libren también. Se librarán porque tienen energía espiritual, y tanta sed de vida propia, de vida libre y con honra, como tienen preciosos minerales en sus tierras y nieves en las cumbres de sus volcanes.

Fuera ignominia sin nombre que al viejo Condor azteca lo maniataran un día las rudas gentes del Norte, sobre su tierra de los lagos y de las nieves. Hasta la sombra del arquero Ilhuicamina se incorporaría de su silencio tombal en són de nuevas empresas heróicas. Y la seguirían aquellas sotanas redentoras de la Independencia, y Juarez con su brazo de bronce, y Madero con su alma diamantina penetrada por toda la luz de la verdad social: Toda la sangre libertadora que se ha esparcido sobre esa cornucopia florida, reviviría en una rojez de anatema.

México es hoy un hervidero de grandes impulsos y de vastas ideas. La Revolución abrió la puerta a las Furias y a las Deidades. Ya las malas euménides se van sumiendo en la lejanía, y quedan las ideas y los principios nobles y puros arraigando en la tierra repartida y en el corazón de los hombres libertados. El porfirismo, como todas las tiranías falaces, quizo hacer creer que el progreso y la paz son el silencio impuesto a azotes y la aglomeración de tesoros en las cajas del despojador. Treinta años de opulencia y silencio tiránicos han costado a México después diez años de guerra espantosa. Herencia que dejan los porfirismos. Pero ya alborea, en ese gran campamento avanzando de la nacionalidad indolatina. El suelo ha sido defendido valerosamente contra las insistentes depredaciones extranjeras; la dignidad nacional no tiene por qué avergonzarse ante la altura de los Popocatepelts e Ixtacihuatls; y en pleno vigor de idealismo, México tiende a encabezar generosa y autorizadamente la grandiosa peregrinación hacia

el futuro de estos veinte pueblos, tribu dispareja que Iberia, a quienes no falta sino darse la mano para formar uno de los más bellos grupos fraternos que han atravesado la historia.

México se democratiza en verdad. Aquí y allá arden aun rescoldos de la vieja hoguera, pero una nueva nación, sobre bases modernísimas y honorables ya surgiendo de la lujosa satrapía del siglo pasado. El autoctonismo bravío ante el exterior, florece de por dentro en justicia y equidades para los habitadores del suelo. El trabajo se paga, los derechos se respetan; nadie más será allí esclavo. Carranza, que no ahoga la palabra ni la prensa, ni se hace millonario, ni va contra sus enemigos más allá de la ley, tampoco se hará del mando como de cosa propia: actualmente se discute libremente su sucesor y él le entregará con el mando la oportunidad de deshonrarse y se quedará con una de las más limpias glorias americanas, la gloria del Mitre argentino y la del Restrepo colombiano; luz de aurora que sale de un alma grande y marca la resurrección de un pueblo.

Sobre este México de oro y petróleo, de glaciares y jardines, de energías y libertades, hay otro flotando en las regiones de la idealidad desinteresada. El que tuvo raíz en la primera prensa cuya palanca chirrió en el Nuevo Mundo; el que musitó sus discreteos coloniales por labios de sor Juana Inés; y tendió el arco iris romántico en que brillan los nombres de Flores, de Peza, de Sierra; el que ahora levanta en oriflamas de triunfo los nombres de Díaz Mirón, Urbina, Icaza, González Martínez, Rebolledo, Tablada, Núñez y Domínguez, Rosado Vega, López y tantos otros.

A ese México acaba de hacerle una ovación toda la América Latina. Toda la intelectualidad de nuestras tierras solares, desde la admirable y feliz Argentina hasta el desgraciado Santo Domingo, se ha puesto de piés para contemplar el paso del barco que ha devuelto a la tierra natal los despojos pereceederos de Amado Nervo. Oh! Contemplemos este episodio, inmaginariamente, un poco lejos en el tiempo: la nave que lleva, de puerto en puerto, por varias naciones, la urna cineraria del dulce y noble bardo, esperada con rosas y con versos en cada descanso de la travesía. ¡Qué más bello episodio en la vida de nuestros pueblos!

Mientras los países del extremo sur, magníficos en su aislamiento salvador, acrecen y gallardean en medio del universal respeto y estímulo, México, en mitad de la tormenta, tajándose a un tiempo las úlceras de su organismo, y velando por el porvenir de la raza, responde altivamente a las doctrinas extrañas que quieren mermarle soberanía; funda con tremendos sacrificios la justicia interior; echa las bases de una república grande por el derecho y por la fuerza, y reúne en sus intelectuales y en sus militares, en sus estudiantes y en sus obreros, masas de lucha vigorosas y concientes, en las que la plenitud de los derechos arraiga el orgullo de la comunidad nativa.

Ese proceso que se advierte, enérgico y fecundo, en la bella nación mejicana, requiere atención, aplauso, imitación sobre todo de parte de nuestros pueblos tropicales, enteecos y pusilánimes, desganados de libertad y de soberanía.

Panamá, 1920.

Pór aquí pasó un hombre

FRANCISCO ESPINOSA

Como un aerolito que al atravesar la atmósfera conflagra el aire e ilumina el horizonte, así cayó entre nosotros el orador y escritor argentino Julio R. Barcos, mensajero del valiente magazine CUASIMODO.

Unicamente cinco meses vivió entre nosotros, pero su labor proficua marcará una etapa en nuestra evolución intelectual. Seamos sinceros: lo que Barcos hizo por el avance de nuestra cultura y por el prestigio de las ideas libertarias acá, no lo habrían realizado nuestros intelectuales en cinco años.

Todas las ideas que sobre educación, política, sociología, y humanitarismo importó o vino a extender y a intensificar por medio de su palabra clara y de su pluma ágil, de manera franca e intrépida, son otros tantos gérmenes de renovación espiritual entre los intelectuales y de rebeldías conscientes entre los trabajadores, que han quedado flotando en el ambiente.

Los que tienen interés en conservar el actual desorden de cosas a cuya sombra medran o hacen vida parasitaria, incluyendo hasta los

que se llaman impropiamente liberales, le salieron a Barcos al encuentro con estúpida agresividad, la misma con que le salimos antes a Pío Baroja por habernos arrojado valientemente la verdad en un libro, que, según Nemesio Canales, deberíamos considerar como harto saludable.

¿Qué nos dijo Barcos sino una sencilla y honrada verdad para estimular a nuestros intelectuales a salir de su torrecilla de marfil y mezclarse con el pueblo, forjando así la verdadera opinión pública con la cual se gobierna más que con el poder mismo? "No es pecado del pueblo—dice en un artículo suyo, modelo de buen sentido,—el atraso momentáneo del país." "Yo me permito, después de haber explorado el ambiente nacional y de haber tratado con hombres de todas las esferas sociales, repartir entre los mandatarios y los intelectuales la responsabilidad de los males remediables no remediados que sufre esta República."

"Hombres ilustrados y doctos, cargados de títulos académicos, educados algunos en el extranjero o que han viajado por Europa o Estados Unidos, abundan en El Salvador. Pero una inteleetualidad dinámica, que trabaje, luche y se esfuerce por redimir gradualmente al país de sus enfermedades sociales, casi no existe."

"En suma, creo,—sigue diciendo—que el pueblo les debe poco a la legión de escribas y levitas que forman la clase intelectual del país." "Relativamente, están influyendo más en la evolución cultural de El Salvador los obreros que los intelectuales."

¡Cuánto bien han hecho al pueblo estas verdades! No por lo novedosas, pues en distintas ocasiones han sido enunciadas por tres o cuatro de nuestros hombres de talento auténtico como don Alberto Marferrer, don José María Peralta y don Estanislao Pérez; pero la eficacia de ellas en este caso se debe a la oportunidad con que fueron dichas y a la circunstancia de que uno de la vecindad lejana fué quien las dijo.

La legión de conservadores que se disfraza con este o aquel ampuloso nombre, levantó en alto el palo amenazando al «bolshevista», al «extranjero», al «merodeador», en tanto que los trabajadores y los jóvenes avanzados se ponían a su lado decidida y espontáneamente, lo cual significa ya una derrota para la pesadilla por los rojos que tan desvelados nos tiene y para el localismo salvaje, fermento que nos dejó una anterior campaña nacionalista impropiamente llamada «cultural», de triste recordación.

Se explica que Barcos haya sido el autor de este movimiento cuando se observa el carácter de su personalidad. El es de los que saben completar sus palabras con la acción. No le satisface exponer únicamente sus ideas, a la manera de nuestros plumarios, sino que trabaja por el triunfo de ellas. Se pone todo entero al servicio de la causa que lo inflama. En eso consiste el secreto de su fuerza.

Dos faces tuvo su labor entre nosotros: una de saneamiento moral y otra de construcción social.

La primera, como queda dicho arriba, abarca el golpe rotundo dado a las ridículas costumbres que nos son características, cuyo conocimiento le facilitó su clara visión de sociólogo exento de cursilerías literaturescas. Con especialidad aplicó el bisturí de su pluma a esas dos pústulas nuestras: el localismo intransigente y el intelectualismo barato, las cuales arrojáronle al rostro su virus emponzoñado que, dicho sea de paso, no melló su voluntad.

Su obra de reconstrucción consiste en haber iniciado la fundación de Universidades Populares, iniciativa que acaba de ser puesta en práctica por el doctor Merlos bajo los auspicios de una sociedad obrera; en la creación de una escuela libre de debates y conferencias, compuesta de elemento joven y pensador; y en la elaboración de un proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción Pública que le encomendara el Presidente de la República don Jorge Meléndez en uno de esos momentos de sana inspiración que suelen tener nuestros gobernantes criollos.

En este último trabajo, Barcos se propone darnos un sistema de administración de la instrucción pública, puesta en manos de los padres de familia y los maestros, los únicos aptos y realmente interesados para tutelar el más sagrado de sus intereses: la educación de sus hijos—Los políticos, en efecto, manejando la educación, convierten a las escuelas en instrumentos de servidumbre y de degradación; en manos del pueblo serían un instrumento de su regeneración y de su libertad.

Las columnas de este nuevo edificio con que el educador argentino nos propone sustituír la arcaica y enmohecida maquinaria educacional nuestra, son: 1a. Desligar el organismo escolar del organismo político, creando un Consejo Nacional de Educación electo por los padres de familia y los maestros, con excepción del Presidente que lo designa el Ejecutivo; 2o. Hacer bisexuales todas las escuelas y colegios como manera de levantar la inferior condición social de nuestras mujeres y matar el ancestralismo sexual que nos

inferioriza; 3a. Dignificar económica, social e intelectualmente al profesorado que entre nosotros es oficio de mendigos; y 4o. Socializar la escuela hasta convertirla en la verdadera casa del pueblo.

Merezca o no hoy la aprobación del Ejecutivo y de la Asamblea, lo cierto es que en este proyecto de ley se encuentra un gran programa de acción para el magisterio y para el pueblo salvadoreños. En él están resumidas las cuatro más altas aspiraciones doctrinarias. Tarde o temprano, con el nombre del autor o con otro, ha de triunfar.

Por primera vez, en este país que solo tiene calor y espacio para las contiendas del caciquismo político, se ha agitado la opinión pública discutiendo intensamente el problema educacional. ¿No es éste ya un síntoma inequívoco de progreso social? ¿Y quién determinó nuestro avance sino el hombre que vino a agitar nuestro ambiente espiritual con las ideas que hoy están transformando la conciencia humana en todas las latitudes del globo?

No tengo por norma el hábito de endiosar a los hombres; únicamente aspiro a que se reconozca la verdad. Por eso escribo esta crónica pobre, pero justiciera, para CUASIMODO, publicación que desde que cayó en mis manos, la he convertido en mi breviario de las nuevas ideas.

San Salvador, Marzo de 1920.

La Cuestión Social

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO

En General

Cuando por vez primera un hombre acotó un pedazo de tierra y dijo "esto es mío," aprovechándose inhumana e injustamente de su fuerza muscular o de su habilidad para el engaño, en aquel mismo y remoto instante quedó fundado el conflicto entre los poseedores y los desposeídos, que se conoce de ordinario con la denominación de cuestión social. Haga de ello más o menos siglos, lo cierto y lo seguro es que de tal hecho arranca[illegible] todas las luchas habidas y por haber

llas trapisondas, incurren en el ridículo más espantoso y demuestran ignorancia o maldad supremas. ¿Cómo puede acabar una cuestión, sin que acabe antes la causa fundamentalísima que la motiva perennemente? A todos esos falseadores sistemáticos de la verdad hay que gritarles muy alto y muy fuerte, con toda decisión y con toda perseverancia: Sí, mil veces sí; la cuestión social existe desde hace muchas centurias en el Globo entero, por la sencillísima y evidentísima razón de que la propiedad privada existe también des-

mente todo lo verdadero: Cuanto menos se asocien, cuanto menos bregucn, cuanto menos se defiendan los trabajadores de un país, tanto más honda, tanto más agravada, tanto más difícil de solucionar existe, subsiste y persiste la cuestión social en el mismo. Y a la inversa, donde los productores se agremien y batallen y reivindiquen sus derechos, ellos mejorarán de condición en todos conceptos, con lo cual la cuestión social seguirá existiendo, pero solucionada ya en buena parte; y solucionarla en alguna porción vale tanto como ir quitando elementos a su existencia.

Según esto, restituídas así las cosas a su significación y valor reales, sólo hay hasta el presente un país en todo el Orbe, Rusia, donde ha sido resuelta o poco menos la cuestión social, por haberse abolido en él la propiedad privada. Por encima de todas las torcidas interpretaciones y de todas las calumnias, con que la prensa burguesa y mercenaria pretende desprestigiar aquella hermosa y recia etapa de la Revolución Social Universal, viene resultando que, en Rusia, todo el que no quiera vivir sin trabajar tiene aseguradas todas sus necesidades; y pronto podrá tener también la seguridad de satisfacer hasta sus refinamientos, sin merma de las necesidades ni de los refinamientos de ninguno de los demás seres laboriosos de la comunidad.

En Europa

Encuéntranse ya en los últimos períodos conducentes al desenlace de la cuestión social, España, Portugal, Hungría, Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra, Holanda y Polonia, por ser en ellas muy extensa e intensa la organización obrera, por ser sus multitudes proletarias más cultas y conscientes cada día, por contar con núcleos sindicalistas, socialistas y anarquistas muy numerosos y potentes.

Los demás pueblos europeos, aunque no tanto, han progresado también mucho en este orden.

En América

Siendo el número y el empuje de las asociaciones obreras el barómetro regulador de la situación regresiva o estática o dinámica de la cuestión social, a las diez naciones europeas antedichas pueden equipararse, en grado de mayor o menor aproximación, las repúblicas americanas siguientes: Argentina, México, Uruguay, Cuba, Chile, Perú, Brasil, Paraguay y Estados Unidos del Norte. En ellas, y con más señalamiento en las tres primeras y en la última, las masas productoras poseen cultura y consciencia, están en general bien orientadas, y se debaten y se baten con frecuencia y con valor contra sus esquilmadores de todo género y categoría. En algunas repúblicas de las citadas, son sus capitales y ciudades más importantes las que se hallan regularmente adelantadas en el asunto de las agremiaciones obreras; pero en el resto del territorio nacional, los trabajadores son remunerados y tratados lo mismo, y en ocasiones peor, que los antiguos esclavos. Recuérdense los crímenes feroces, cometidos con impunidad completa y a sangre fría por amos y capataces, en el Putumayo peruano, que llegaron a indignar a la Prensa de todos matices del Planeta entero, hace unos ocho años. Tengo informes personales, dignos de crédito y recientes, de que la situación de los productores ha cambiado muy poco en aquella región. En el Paraguay, las infamias de los «yerbales» continúan consumándose diariamente, a pesar de la heróica campaña sostenida en contra por el inmenso Rafael Barrett hace unos años, de la efectuada más tarde por el valeroso periodista y gallardo poeta Leopoldo Ramos Giménez, y de la que viene verificando en los días actuales y sin cesar el denonado periódico «Prometeo» de Asunción. De cuando en cuando, suelo tropezar con algún periódico, de ideas o de empresas, relatando hechos irritantes, demostrativos de que los negreros siguen haciendo de las suyas, en diversos lugares interiores del Brasil, Cuba y Chile.

En las demás repúblicas de América, nada o poco han efectuado todavía las muchedumbres trabajadoras, por su mejoramiento material, intelectual y social.

En Panamá

Estoy atormentado y saciado hasta mucho más arriba de la coronilla, y por estarlo me resuelvo a escribir este artículo, de oír sostener en conversaciones y periódicos y conferencias que en Panamá no existe la cuestión social. Vino a recolmar la medida en proporciones rebosantes, una conferencia de D. Nicolás Victoria J., actual Director de la Escuela Normal de Institutoras; conferencia que se publicó en el número de «La Estrella de Panamá,'' correspondiente al 21 de Noviembre de 1919, y que fué leída por su autor pocos días antes en el aula máxima del Instituto Nacional.

Principia el conferenciante así:

"Relaciones legítimas entre el capital y el trabajo.—En mi carácter de editorialista de «La Estrella de Panamá», publiqué

en 1918 una serie de artículos sobre cuestiones que se rozan con la Economía Política, las que habían sido tratadas en forma más explícita en un discurso que pronuncié, a solicitud del Centro Conservador, en el Teatro Variedades, en 1917. Lo que en ambas épocas expuse, ampliado, corregido y metodizado ahora, constituye parte muy principal de la conferencia que doy esta noche con el propósito de tratar una vez más, de una cuestión delicadísima, la que estudiaré, no en el estrecho horizonte de este país, donde en realidad de verdad no existe conflicto alguno entre el capital y el trabajo, sino en lo que dicho y enseñado tienen distinguidos economistas extranjeros, de tendencias y escuelas, sobre el concepto verdadero de la verdadera naturaleza del trabajo, del cual concepto quiero deducir sus relaciones legítimas con el capital, y la fórmula que establece la armonía entre ambos."

Dejé ya demostrado, con toda sencillez y con toda plenitud, que la cuestión social es cuestión mundial, con la sola excepción de Rusia, por ser la consecuencia obligada y precisa de la propiedad particular. Sin embargo, quiero ampliar y remarcar la demostración, refiriéndome a Panamá singularmente. Para ello, comienzo por consignar que las asociaciones obreras panameñas, aún escasas, son incipientes y faltas de rumbo definido unas, y las otras ineficaces por no tener más finalidad que la política personalista. Cabalmente por eso, que nadie podrá desmentir, es por lo que la cuestión social existe aquí, con caracteres más graves y profundos que en otras muchas naciones de América y en todas las de Europa.

Sería un absurdo presumir que haya una sola persona capaz de negar la existencia de la propiedad particular en Panamá, o de asegurar que aquí todos los que trabajan están bien remunerados. Por si alguien se atreviese a lo segundo, voy a enunciar algunas cifras de irrebatible y abrumadora elocuencia: Muchísimos trabajadores en la capital y en Colón, y todos los del nombrado «rol de plata» en la Zona del Canal, ganan un salario que fluctúa entre dieciocho y treinta y dos reales plata, por una faena que no baja de ocho horas y que asciende a once y doce no pocas veces. Tal como cuestan aquí el domicilio y la ropa y los comestibles, se necesita ser un perfecto modelo de austeridad y de mansedumbre, para poder conformarse y vegetar con ese salario menguadísimo, aunque no se tenga mujer ni prole.

Se obtienen salarios algo mayores en determinados oficios, pero la diferencia no es muy notable.

Si se toma en consideración al sexo femenino, el problema llega entonces a lo más desmedido y bochornoso. La mujer está en Panamá mucho más esquilmada que el hombre, con ser demasiado lo que este lo está. Las cajeras y demás empleadas de farmacias, heladerías y otros comercios ganan al mes veinte y treinta pesos, por un trabajo de nueve a doce horas diarias. A las criadas de servicio se las despacha con ocho, diez o doce pesos mensuales, y en raros casos con quince, más una comida por lo común inferior a la de los «señores». Las planchadoras que van a domicilio, ejecutan durante todo el día un trabajo tan duro y agotador, como el de planchar, por un peso y la comida. Las lavanderas que trabajan a sueldo, acostumbran ir a las casas en idénticas condiciones que las planchadoras. Todos estos pesos son en plata, es decir, la mitad de valor que en oro.

Por las calles de Panamá pueden verse a menudo abundantes niños y no pequeña cantidad de mozos y hasta de hombres, completamente descalzos y trajeados de guisa bastante menos que modesta. Cualquiera que se interese algo por la vida y la suerte del prójimo y quiera investigar un poco, no puede ni debe ignorar que copiosas familias se sostienen en Panamá con arroz, alguna carne y café o té casi exclusivamente. Por mi segunda calidad de librero, yo entro en las mansiones más acomodadas como en las más humildes y en las intermedias; he habitado también en dos casas que tenían muchos vecinos. Todo esto, dado mi apetito indeclinable de observar e investigar, me ha permitido convencerme de que las clases pobres moran aquí en verdaderos chamizos y se nutren pésima e insuficientemente; o sea, que en Panamá se pasa bastante más hambre de lo que parece.

Varias personas, en su mayoría mujeres, me han confesado, con toda espontaneidad, que se han visto precisadas en más de una ocasión a permanecer todo un día sin comer.

De cómo vegetan los pacientísimos jornaleros del interior del país, no quiero hablar, porque sería el colmo de todos los colmos. Los mismos panameños me han relatado cosas que llenan el corazón de amargura, que horrorizan, que sublevan al ánimo más tranquilo. Si en Panamá y Colón, las dos poblaciones más importantes de la República, en las cuales hay ya algunas sociedades obreras, la explotación y la miseria de quienes producen es todo lo enorme que queda pa-

tentizado, fácil será comprender lo que ocurrirá en el interior, donde los analfabetos son gran mayoría y donde nadie habrá oído pronunciar una vez siquiera las voces «gremios obreros», «aumento de salario», «disminución de horas de trabajo,» «reivindicación social», «derechos del proletariado», «solidaridad obrera», «sindicalismo», «socialismo» y otras similares.

Claro está que los hartos no verán o no querrán ver ni reconocer tantas y tan desconsoladoras realidades; pero quien se crec capacitado para escribir y perorar sobre sociología, por más que goce de todas las harturas, no puede proceder como aquellos otros hartos, que sólo miran y aprecian la Vida y sus fenómenos y relaciones a través de su estómago, desde su exclusiva conveniencia personal. Si desconoce todo este cúmulo de axiomáticos hechos, padece sin duda una ceguera total del corazón y del cerebro, que le incapacita para invadir el terreno de la sociología. Si no lo desconoce, y lo niega y saca de ello conclusiones en un todo contrarias a lo racional y a lo debido, incurre de seguro en un delito de crueldad y de burla, mucho más tremendo y punible que casi todos los marcados en los códigos del Mundo entero.

Leyendo lo que escriben y oyendo lo que parlan estos señores negadores oficiales de la cuestión social, por lo que se ve contentísimos con el modo actual de distribuír la riqueza colectiva, cualquiera daría por sentado que Panamá es un emporio de felicidades y abundancias, excepcional en la Tierra; una especie de condensación maravillosa de la Jauja ultrametafísica y ultrajocosa, inventada por los humoristas para chunguearse de los perezosos. Pero los hechos, los insofisticables y luminosos hechos, con su concisión y contundencia peculiares, expresan mucho más que todas esas palabras escritas o habladas, y las invalidan de lleno. Son, pues, los hechos que dejo manifestados, pequeña fracción de los que me sería fácil manifestar, los que mejor que mis razonamientos afirman, reafirman y tornan a reafirmar la existencia de la cuestión social en Panamá, con una extensión y una intensidad agudísimas. De los hechos, estos sencillos y leales camaradas míos sobre los cuales me gusta siempre cimentar mis argumentaciones, se desprende con claridad meridiana que negar la cuestión social en Panamá es equivalente a negar la tuberculosis de un tuberculoso en tercer período, tomando por pretexto la única y mínima eventualidad de que el enfermo desconoce su enfermedad, y las personas que le rodean, incluso alguno que otro pretendido médico, se obstinan en ocultarla.

Si el señor Director de la Normal de Institutoras se halla tan atrasado de noticias como de ideas, hasta el punto de no haber logrado enterarse aún, a pesar de ser panameño y superior a mí en edad, de todos los hechos relatados, que yo pude ver y estudiar a poco de llegar a este país, en el cual hace ya que vivo casi seis años, no vacilo en invitarle a que haga una de las dos pruebas que siguen, o ambas si le place:

1a.—Ir conmigo a visitar ciertas calles y ciertas casas de Panamá.

2a.—Cambiar de profesión, por corto plazo, no con los campesinos del interior ni con los obreros u obreras peor pagados de Colón o Panamá, sino con uno de los que reciben mayores salarios y trabajan menos horas en la Capital.

Si al cabo de un mes de sometido a la segunda experimentación, nada complicada ni difícil, no ha rectificado radicalmente su opinión, yo me declararé vencido, reconoceré que él es uno de los más penetrantes y sabios sociólogos de la Tierra, y hasta me dejaré cortar la cabeza, si es que tiene gusto en ello.

Para no faltar a la verdad en lo más parvo, quiero hacer constar que, por más de haberme cansado de tanto leer y oír negar la cuestión social, no me asombra la incesante repetición del caso. Yo sé que tal negación, a pesar de ser absurda y precisamente por serlo, constituye un viejo y tozudo alifafe de los viejos teócratas, de los viejos conservadores y de la mayoría de los capitalistas, viejos o jóvenes, de todos los países y de todos los tiempos. Lo cual denota la certidumbre de la máxima bíblica que reza: "Por sus frutos los conoceréis." El error no es peculiar de tales o cuales países, sino de determinados cerebros y determinadas sensibilidades que se crían aun en todos los parajes de nuestro Planeta.

Poco después de haber escrito lo anterior, el «Diario de Panamá» del 2 Febrero 1920 me brinda el articulito siguiente, que viene a corroborar con decisiva oportunidad y con aplastante fuerza persuasiva todo lo que dejo puntualizado y evidenciado:

> "Los trabajadores del nuevo Hospital se muestran descontentos con el salario.— Probable paralización general de las labores.—Los trabajadores del nuevo Hospital Nacional basándose en lo difícil que se hace el problema de las subsistencias para ellos, han resuelto elevar la siguiente no-

ta-petición a los miembros de la Junta de Fiscalización y Construcción del nuevo hospital a fin de conseguir un aumento en los salarios establecidos en la tarifa que el señor Daniel Whright, Ingeniero de los trabajos, presentó a la Junta y la que le otorgó sin meditación su voto aprobatorio."

"La nota-petición dice así:

'Señor Presidente y señores miembros de la Junta de Construcción y Fiscalización del nuevo Hospital Nacional.—E. S.—Señores: Los abajo suscritos, trabajadores por tarea en las labores de relleno del nuevo Hospital Nacional, respetuosamente y considerando:

'Que en la tarifa aprobada por ustedes en sus primeras sesiones sólo se estatuyó salario para una distancia máxima de 300 pies;

'Que habiendo sobrepasado esos 300 pies, debido a esfuerzos que podríamos conceptuar sobrenaturales, pues no de otra manera se puede tildar al esfuerzo que hacemos trabajando desde las siete de la mañana seguidamente hasta las tres de la tarde, sin armonizar la potencialidad física gastada con los alimentos que nos sirven de sustento, lo que a la luz de los derechos y lo establecido por las asociaciones gremiales y los consejos que necesariamente tienen el apoyo de los Estados, está completa y terminantemente prohibido, dadas sus consecuencias lamentables y contraproducentes para el progreso nacional en lo respectivo al adelanto físico de los asociados;

'Que con los cuatro (4) centavos señalados en la dicha tarifa para los carros y los dos y medio para las carretillas no podemos ganar sino escasamente un salario máximo de 90 a 100 centésimos de balboa después de un trabajo excesivo de nueve o más horas, lo que quedó de hecho condenado por los acuerdos de la Conferencia de Washington, los Congresos de Ginebra, Bruselas y Conferencia de París y las otras Asambleas de todas partes del mundo inclusive la nuestra; (y conste que las horas extras las trabajamos forzosamente para poder ganar los antes dichos 90 o 100 centésimos de balboa, pues es necesario comenzar a picar la tierra a las seis de la mañana o antes, para poder tener a las siete, cuando los tarjadores vienen, la suficiente tierra para entrar en acción);

'Que ese salario, no nos alcanza para satisfacer nuestras necesidades, ya como padres, ya como esposos o maridos, o las inherentes que arrastra consigo la vida, pues dado el alto costo de las subsistencias, se hace casi imposible existir; y

Que no solamente trabajamos en nuestra labor sino que tenemos además que hacer la de dump-mne, lo que nos quita, incuestionablemente una preciosa cantidad de tiempo:

Venimos ante ustedes a solicitar la reconsideración de la tarifa en el sentido de que se señale salario para las distancias mayores de 300 pies y de que se aumente el precio proporcionalmente de acuerdo con las distancias.'

"NOTA.—Esta petición está firmada por más de trescientos trabajadores."

¿Habrá todavía quien se atreva a negar la existencia de la cuestión social en Panamá?

Por no hacer este artículo demasiado largo, en el próximo número de CUASIMODO acabaré de señalar y rebatir los otros errores de más monta, que contiene la conferencia del señor Director de la Normal de Institutoras.

Un proyecto de ley de instrucción pública

J. D. MOSCOTE

Julio R. Barcos, el camarada, el publicista, el heraldo de CUASIMODO en el exterior, quiere q' digamos algo por la prensa de una obrita que él ha preparado sobre el contenido que anuncia el rubro que precede, la cual uno de los últimos correos del Salvador trajo. Claro es q' sentimos particular agrado en corresponder a los deseos de quien, además de los títulos mencionados, puede invocar también el para nostros más noble de amigo.

El libro que la galantería de su autor ha puesto en nuestras manos no es uno erudito, lleno de notas y de citas, ni mucho menos uno de pesada y difusa doctrina pedagógica, como hay tantos por ahí. Lo que Barcos se ha propuesto hacer no se compadece

con tales métodos q' no llamamos anticuados, pero sí del todo inaparentes para abrir por medio de ellos brecha en la conciencia de un pueblo que, acaso, como muchos otros de nuestro continente, necesita una fuerte sacudida para que despierte y se incorpore en la vida moderna. Su libro es, pues, lisa y llanamente, un libro de inspiración, enérgico y vibrante, y cuyo contenido ideológico vale media docena de «ideas fuerzas», ni tan simples y diáfanas que parezcan verdades de Perogrullo, ni tan profundas o novedosas que pueda decirse de ellas que no habían estado antes bajo el sol.

Quien haya leído al amigo Barcos y sabe cómo él detesta esa cierta literatura de puro artificio retórico, que tan común es todavía entre los escritores latinos, se sorprenderá de que en su libro abunden los pasajes de elocuencia altisonante. Contradicción? No. Es que Barcos pertenece a la estirpe de los apóstoles y civilizadores, y, como es frecuente en éstos, su lenguaje ha adquirido con el ejercicio cierto tono oratorio sin el que el influjo de su pensamiento sería inocuo o apenas eficaz. El proyecto de ley que da motivo a la obra, según se advierte, comprende sólo veinte y seis páginas de las noventa que la integran. Es en las sesenta y cuatro restantes, lo esencial del trabajo, donde hallamos este carácter literario sobre el que llamamos la atención de nuestros lectores, como una curiosidad digna de anotarse.

Ahora, lo que el amigo Barcos ha querido realizar con su opúsculo se reduce a bosquejar un plan orgánico de reformas educativas, adecuado a las necesidades del Salvador, y para ello ha condensado en unos pocos puntos capitales sus ideas sobre el particular, las que sintetiza así: creación de un consejo nacional de educación autónomo y responsable; manera de obtener rentas fijas para sufragar los gastos de la educación pública en lo que se refiere a la construcción de edificios escolares y a los sueldos del personal docente; establecimiento de la escuela bisexual, fundada sobre la base de la economía del sistema y de razones morales incontestables; fundación de un instituto pedagógico para la alta preparación científica y profesional del profesorado secundario; socialización de la escuela y orientación utilitaria de la misma para "preparar a los educandos más directamente para la lucha por la vida, librándoles del enciclopedismo libresco que esteriliza las energías mentales de la raza y produce el «surmenage» de alumnos y profesores."

Nadie que entienda de estas cosas puede negar que las anteriores líneas comprenden un vasto y completo programa reformatorio en el cual, desde luego, no ha quedado sin considerar ninguno de los puntos que los especialistas estiman como integrantes de un sistema de instrucción pública perfecto. Todos los enumerados tienen una importancia verdaderamente singular, pero tenemos que circunscribirnos a sólo tres de ellos en gracia de la brevedad.

La idea de un consejo nacional de educación cuyas raíces arranquen del pueblo que, en parte, lo elija, es presentada por Barcos como una institución intermedia entre la que prevalece en los Estados Unidos y la adoptada en la Argentina, cuyas respectivas organizaciones pedagógicas le son familiares por haberlas estudiado «de visu» en circunstancias diversas. No la lleva al extremo de perfección en que tal institución se encuentra en cada uno de los países mencionados porque teme que sus frutos se desvirtúen al contacto de la acción deletérea del sistema político salvadoreño—el mismo nuéstro—en el que los presidentes son, como dioses todopoderosos dispensadores del bien y del mal. Bastante sería que los maestros y los padres de familia tomaran parte en la elección del consejo nacional de educación, si no fuera posible arrancar de una vez de manos de las autoridades escolares ese gobierno exclusivo que ellas se arrogan en los asuntos educacionales, como si estuvieran ungidas de alguna gracia divina en virtud de la cual su saber y competencia fuesen insuperables. En Panamá necesitamos esta reforma, ya que es de todos sabido que nuestros maestros no intervienen para nada absolutamente en las decisiones o medidas que tengan que ver con la marcha del ramo, aunque de manera vital les afecten. Nuestra conformidad con Barcos en esta idea suya del consejo nacional de educación es completa. Nos ha llamado la atención el hecho de que, a pesar del radicalismo de sus ideas, ha sabido ser prudente, es decir, ha buscado un justo medio que haga tolerable su reforma en un ambiente en donde el «centralismo» o sea el «presidencialismo» debe haber hecho estragos.

La creación de fondos escolares con los cuales subvenir a la fundación de un sistema metódico de edificios escolares, está tan unida en el pensamiento reformador de Barcos a las demás reformas que preconiza que la considera como base fundamental de éstas. Las rentas de los ricos, el lujo, el juego, el consumo de alcohol, son las fuentes de donde deben obtenerse esos fondos para que los niños y los jóvenes salvadoreños tengan escue-

las confortables y los maestros puedan gozar de una vida digna y cómoda y no sean más el ludibrio de una sociedad que, allá como acá, ensalza su misión y les niega el pan necesario para su subsistencia. Este problema de las rentas especiales de la instrucción pública es de lo más importante para el desarrollo de las instituciones escolares y hasta puede decirse que allí donde no ha sido resuelto ellas vegetan estacionarias constituyendo la verguenza máxima de los gobernantes. Aquí en Panamá, hará dos años más o menos, se hizo una tentativa en el sentido de afectar unas pocas rentas con destino especial a las necesidades del ramo y fue tal la oposición que se le hizo a la tal tentativa que hasta se inventó la especie de que las autoridades del ramo, es decir, el Secretario y sus auxiliares, sólo tenían en miras crear una republiquita independiente dentro de la república oficialmente existente. Es claro que de todo cuanto entonces se dijo sólo había de cierto los celos centralistas de los que nada han hecho por la causa del maestro, y de la escuela, porque jamás la han tomado en serio, pero que sí se complacen en mantenerla atada al poste inconmovible de sus prejuicios políticos. Barcos ha aconsejado al Salvador que contrate un empréstito público "a objeto, dice, de que cada escuela provea un edificio propio." Hermosa idea que ojalá se realizara allá y fuera imitada por nosotros!

Con respecto a la escuela bisexual nuestro amigo la ha recomendado con calor, alegando en favor de ella razones, a la vez económicas y morales incontrovertibles, e inspirándose en el ejemplo de otros países que han sabido dar a este problema una solución feliz; especialmente se ha inspirado en lo que se ha hecho entre nosotros, pues cuando Barcos llegó al Salvador sabía ya lo que aquí se había adelantado en la materia. No somos enemigo de ningún modo de la coeducación, pero nos asalta el temor de que las exageraciones vayan a dar al traste con una institución social de la que podría depender en gran parte la reforma de las costumbres familiares. ¿Piensa Barcos lo mismo? No lo parece. Su entusiasmo y su fe en los benéficos resultados de la coeducación parecen apoyarse en una convicción absoluta y por eso, transportándose al fértil campo de la sociología, saca con la mayor facilidad deducciones de transcendencia en favor de la mujer como factor económico inapreciable cuando se la educa en las mismas condiciones que el hombre. Son suyas estas palabras:

"¿Por qué no habría de ocurrir algo semejante aquí en el Salvador, (se refiere al experimento que se ha hecho en los Estados Unidos de educar a las mujeres pieles rojas en ciertas y determinadas condiciones) educando especialmente a esas mujeres admirables y valientes hijas del pueblo que son las hormigas industriosas encargadas hoy de abastecer los mercados de la población? Ya se empieza en el Salvador a educar en profesiones comerciales o técnicas a las mujeres. Pero eso que con brillante resultado se hace en pequeña escala, beneficiando sólo a un reducido grupo de muchachas, deberá hacerse por razones de noble utilitarismo y por justicia social con todas las niñas, especialmente las de la clase pobre del país. La única escuela idealista es la escuela utilitaria que libra al joven y a la joven de la servidumbre económica. El problema se puede resolver de una plumada: haciendo bisexuales todas las escuelas y colegios, inclusive la Universidad."

Está bien, Barcos tiene el leve apoyo moral que puedan darle nuestros aplausos y ojalá que su libro circulara más aquí para que sus ideas se difundieran cuanto merecen.

No queremos abusar de la paciencia de nuestros lectores y damos fin a esta síntesis que iba resultando análisis de un libro pleno de ideas y de sentimientos nobles, como es noble el alma del amigo que a donde quiera lo lleva el amor de sus amores, CUASIMODO, abre generoso su cátedra de profesor transhumante de un nuevo idealismo.

Panamá, marzo de 1920.